

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et  
justitiae partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATOLICO, APOSTOLICO, ROMANO.

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confi-  
met.—Pie IX al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.—En Madrid 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los  
comisionados, y 15 rs. al mes y 45 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar: 90  
reales trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.—Madrid: En la administración, Pelayo, 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias:  
En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Paris: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55,  
rue Taibout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

## DISCURSO

pronunciado por el Sr. Manterola en la sesión  
del jueves 24 de Febrero de 1870.

El Sr. MANTEROLA: Señores diputados, el interés extraordinario del debate á que asistimos, levantado á tanta altura por mi amigo y compañero el Sr. Cisneros, y sostenido por los señores que han creído conveniente impugnar el voto particular, hace innecesario que apele yo á los recursos de la oratoria para continuar sosteniendo vuestra ilustrada atención. Pero en esta ocasión, más que en otra alguna, me alienta la confianza de que mis palabras han de producir todo el efecto que yo me propongo: lo contrario sería dudar de los generosos sentimientos que yo hago la justicia de reconocer en todos y en cada uno de vosotros.

Ya en otra ocasión me levanté aquí para oponerme al establecimiento de la libertad de cultos, porque creí que esta libertad no era necesaria para el desenvolvimiento de las libertades públicas de mi país; entonces tuve la mala suerte de ser derrotado. Pero hoy que vengo á defender, no al señor Cardenal Arzobispo de Santiago, no á nuestro dignísimo y venerable compañero de diputación; hoy que vengo á sostener la libertad, estoy seguro, como lo he dicho ya, de que la repetiré cuantas veces fuese necesario, estoy seguro de que todas las fracciones de la Cámara han de concebir el firme propósito, la resolución decidida de contribuir con su voto á que no sea concedida la autorización solicitada para procesar al señor Cardenal de Santiago.

Aun cuando parezca acordada ya la materia por lo que elocuentemente ha dicho el Sr. Cisneros, no lleve á mal, sin embargo, que yo insista en que el señor Cardenal de Santiago por su comunicación en contestación al decreto circular del ministerio de Gracia y Justicia del día 5 de Agosto no ha incurrido en responsabilidad, porque no hay en el ninguno de los delitos que pudieran imputársele; no hay desobediencia, no hay injuria ó desacato, no hay la violación del art. 304 del Código penal por haber insertado esa comunicación en el *Boletín oficial* de su diócesis. Y al decirlo, me fundo, no en mi juicio, no en mi propio dictamen, sino en un juicio y en un dictamen eminentemente superior al mío; me fundo en el Consejo de Estado. El Consejo de Estado no ha examinado, es verdad, la comunicación del señor Cardenal de Santiago; pero si las contestaciones que por igual motivo dieron los tres Prelados cuyas comunicaciones pasaron á aquel alto cuerpo. Y el dictamen del Consejo de Estado dice que aun cuando los Prelados han faltado, y deben ser por ello apercibidos, sin embargo, atendida la dificultad que hay de establecer los límites de ambos supremos poderes que reconoce respectivamente independientes, no há lugar, sin embargo, en su concepto á formación de causa; y las palabras del Consejo de Estado son estas: «no hay desobediencia legal».

Ahora bien, señores diputados: si el delito, en el caso de haberlo, es el mismo el de los tres Prelados cuyas comunicaciones pasaron al Supremo Tribunal de Justicia, que el delito de los 13 Obispos cuyas comunicaciones fueron sometidas al Consejo de Estado, porque se trata de Prelados que no cumplieron lo que se les exigía en el decreto circular de 5 de Agosto, claro es que si inocentes son aquellos del delito que se les imputa, tan inocentes es y debe ser efectivamente el Cardenal de Santiago. Creo que este argumento es incontestable, una vez admitida la autoridad que debe reconocerse en el Consejo de Estado; hablo de la autoridad doctrinal y de la autoridad científica, de esa autoridad que indudablemente merece todo el respeto de los que aquí nos sentamos.

Con respecto á la violación que se supone cometida por el señor Cardenal Arzobispo de Santiago del art. 304 del Código penal, dice el mismo Consejo de Estado que los artículos 304 y 305 del Código son evidentemente inaplicables al caso de que se trata.

Resta sólo examinar el otro cargo, el de injuria y desacato, que se supone cometido por el señor Cardenal de Santiago en su comunicación al señor ministro de Gracia y Justicia por las formas respetuosas é inconvenientes en que se permitió escribir aquel documento: con personas tan competentes como los señores Posada Herrera y Figueroa, que han dicho en la Cámara en ocasiones anteriores que el desacato no existe cuando no está presente la autoridad que se supone desacatada, podría desde luego concluir que el señor Cardenal Arzobispo de Santiago no puede declararse incurso en el delito de desacato.

Veamos, sin embargo, ya que á este examen, en verdad odioso, se me llama, veamos, repito, las frases, las palabras del señor Cardenal de Santiago en la comunicación sujeta hoy á nuestro examen. El señor Cardenal de Santiago dice no estar dispuesto á dar cumplimiento á la orden del señor ministro de Gracia y Justicia en que se le exige dar una pastoral á sus diócesanos recomendándoles la paz; dar cuenta de los Clerigos que hubieran faltado á la residencia, y finalmente, privar de las licencias ministeriales de decir misa, oír en confesión á los fieles y anunciar la divina palabra á los Eclesiásticos que fueran notoriamente desafectos á la situación actual. Alarmado el virtuoso y celoso Prelado de lo que aquí se le exige, contesta con energía y con libertad verdaderamente apostólica que dará pastorales, no cuando se lo mande el ministro, sino cuando lo crea conveniente.

Al leer las palabras del señor Cardenal de Santiago he recordado las magníficas y por todos los católicos aplaudidas frases de otro gran Obispo, de un gran Prelado, de San Ambrosio, cuando habiéndole exigido el emperador lo que en concepto del Prelado no estaba en sus atribuciones cumplir, contestó: «Ni tú, emperador, puedes pedirme lo que de mí exiges, ni yo, Prelado, lo cumpliré jamás.» Insiste el rey en ser obedecido por el Prelado, y uno de sus camareros alucos le amenaza á este con cortarle la cabeza si no le obedece; y el Prelado le contesta: «Si tal fuera, yo sabría cumplir como Obispo, y tú cumplirás tu oficio de eunuco;» palabras fuertes y más terribles que las que en esta ocasión ha empleado el Arzobispo de Santiago. ¿No recordáis vosotros la activa, la magnífica, la gran figura del mismo San Ambrosio, diciendo dentro del templo, en el santuario de Dios, al mismo emperador Valentiniano, porque veía el brillo de su diadema empinada por la sangre de las matanzas de Tesalónica; «atrás, emperador, atrás!» Pudieran citarse milares de ejemplos, tomados de los aña-

les de la historia de la Iglesia católica, y veríamos que el Cardenal Arzobispo de Santiago, según el criterio santo, según el criterio de los Padres de la Iglesia, ha tratado de cumplir un deber, un deber penoso, un deber difícil, pero al cabo un deber muy sagrado.

¿Y por qué, señores diputados, por qué el Cardenal Arzobispo de Santiago había de oponerse á una cosa tan sencilla, á una cosa tan fácil, y sobre todo á una cosa tan cristiana como es la predicación de la paz? Recordad, señores diputados, que el Cardenal Arzobispo de Santiago nunca se ha negado á predicar la paz. Muy conocidas son sus virtudes cristianas, grandemente apostólicas: lo que el Cardenal Arzobispo de Santiago no ha querido es reconocer un principio anti-cristiano, un principio anti-católico; lo que no ha querido reconocer es la dependencia de la autoridad eclesiástica de la autoridad civil. Cuando se trató de anunciar la verdad revelada y de distribuir á los fieles el alimento de la divina palabra, el Cardenal Arzobispo de Santiago recordó los esfuerzos que ha hecho siempre la Iglesia en todas las edades del mundo, para oponerse á esa demasia del poder civil. El Cardenal Arzobispo de Santiago comprendió perfectamente que no era herege, que no era cismático ni mal católico el ministro de Gracia y Justicia que se lo reclamaba; pero temía que si en esa ocasión no elevaba una enérgica protesta á ese poder supremo, detrás de ese mal hubiera venido un mal mayor y conducirnos al más horrible de los males.

¡Ah, señores diputados! ¿No recordáis vosotros la historia del cisma de Enrique VIII en Inglaterra? ¿No sabéis que allí surgió un mal á primera vista pequeño, que descendió en un principio por la debilidad de los Prelados que más resistencia debían haber opuesto, fué creciendo, tomando proporciones gigantescas, hasta el punto de ver convertida la isla de Santos en una isla apartada de todas las relaciones del cielo por el más horrible de los cismas? ¡Ah! Cuando yo recuerdo aquella torre de Londres, cuando viene á mi memoria aquel arco de hierro en que eran enroscados los que querían permanecer fieles á la autoridad del Supremo Pontífice, hasta que oprimidos por la fuerza del hierro se les obligaba á derramar sangre por boca, narices y ojos, y hasta por la punta de los dedos; cuando yo contemplaba en aquella histórica torre, de cuyas paredes parecía sentirse todavía chorrear sangre, el suplicio horrible del marco, en que se desdoblaba los huesos de los que se mantenían adheridos al centro del Catolicismo, proclama la libertad y la independencia de la Iglesia; cuando yo me represento las 72.000 víctimas sacrificadas á la liviandad y al furor de aquel verdugo coronado, no puedo menos de preguntarme á mí mismo: ¿de dónde tantos absurdos, de dónde tanta sangre, de dónde tanto horror? El principio no fué más que este: el principio de la defensa de la autoridad independiente de la Iglesia, la defensa de la soberanía que la Iglesia recibió de Jesucristo para anunciar la divina palabra con independencia absoluta de todos los poderes seculares.

Sean cualesquiera vuestras opiniones, ó vuestras creencias, ó vuestras ideas en materia de religión, es necesario que convengáis en que un Prelado católico no puede expresarse de otra manera. Jesucristo fundó su Iglesia con entera independencia de los poderes seculares. No pudo obtener previa licencia ni de Nerón ni de Diocleciano, que eran los que entonces ejercían el poder supremo del imperio romano, y la Iglesia continuó viviendo los tres primeros siglos de su existencia, no solamente con independencia de los poderes civiles, sino perseguida, horriblemente perseguida, bárbaramente perseguida por el poder secular.

Dada la paz á la Iglesia, se fué extendiendo por los diversos Estados del mundo; pero no por eso dejó de ser lo que Jesucristo quiso que fuera; por eso no se alteró la constitución divina que recibió de su Divino Fundador. Por eso la Iglesia, aun cuando se viera patrocinada, favorecida, socorrida y ayudada por los poderes seculares, nunca pudo renunciar á la santa, á la gloriosa libertad que recibe de Jesucristo.

Pero convertidos los Estados al Catolicismo y reconocidos al favor que recibieron de la predicación evangélica que recomendaba y aconsejaba la obediencia á las autoridades constituidas, los Estados católicos se creyeron en el deber de honrar, de proteger, de obedecer á la Iglesia, á quien ya desde entonces llamaron su madre.

Yo yase, y en esta Cámara se ha recordado, que abusando de una sentencia de San Optato Milevitano, se repite que el Estado no está en la Iglesia, sino que la Iglesia está en el Estado; y conviene rectificar esta frase ó más bien explicarla en su buen sentido.

San Optato Milevitano contestaba á la oposición que en África encontraban las gestiones del emperador Constante de parte de Donato, jefe de los cismáticos, quien queriendo evitar la protección que se dispensaba á la Iglesia católica decía: «¿Qué tiene que ver el emperador con la Iglesia?» Entonces San Optato, para explicar la razón profunda que existía en aquel principio cristiano en favor de la Iglesia, le contestó: «Pues no veis que la Iglesia está en el imperio romano, *ecclesia in statu, id est, in imperio romano*. Efectivamente, no todo el imperio romano se había aun convertido al catolicismo; si bien desde entonces merecía la gratitud ardiente de la sociedad civil, cuya suerte había tan considerablemente mejorado. Pero después que la Iglesia había derramado sus bendiciones por todo el mundo, ¿cómo puede continuarse diciendo que la Iglesia está dentro del Estado? ¿Qué Estado cohibe vosotros en el mundo dentro del cual no deba haber la Iglesia católica?

Pero ¿no será al menos conveniente que el Estado se aperciba, se prevenga y se defienda de las invasiones de la Iglesia católica? ¿No podrá el Estado invocar su derecho tutelar para impedir que la teocracia, la exagerada, la exorbitante teocracia, venga á oponerse á los preceptos del Poder civil?

Yo, señores diputados, no quisiera oír hablar de teocracia; si tanéis agravios que vengar del Clero, hablar de la hierocracia no de la teocracia, porque el nombre santo de Dios merece todos nuestros respetos.

dad, ó sea de la colectividad ó del cuerpo social; porque el derecho de defensa es el derecho de rechazar la fuerza con la fuerza, el derecho de repeler una agresión actual, imminente, y por consiguiente el derecho de defensa no puede ejercitarse ni *a priori* ni *a posteriori*.

Pues bien: ¿cuánto más aplicable será esta doctrina cuando se trata de la Iglesia, cuando se trata del Estado, que quiera defenderse de las agresiones de la Iglesia católica, de esa Iglesia que no cuenta con ejércitos, de esa Iglesia cuyo jefe ha visto ya mermado casi todo su patrimonio, de esa Iglesia que se ve combatida en todas las regiones del mundo? Y sin embargo, ¿todavía tenéis miedo á la Iglesia católica, y teméis sus agresiones, sus invasiones violentas, y todavía se invoca el derecho de propia defensa contra la fuerza de la Iglesia? Esto aparte de la odiosidad que indudablemente tiene para vosotros toda medida preventiva; y el derecho tutelar no es otra cosa que el derecho de prevenir, y el derecho de prevenirse haciendo una gran injuria á la parte contra la que se previene, suponiendo intrusiones que quizá, y sin quizá, no han de venir.

Según esto, se dirá, quedan los Prelados completamente autorizados para desobedecer las órdenes del Gobierno; según esto, podremos tener un Estado dentro de otro Estado; según esto, será necesario que llevemos nuestras leyes á la aprobación de los Prelados de la Iglesia católica; según esto, podremos abandonar estos bancos y cedernos únicamente á los Prelados de la Iglesia española. No; no se trata de eso. Yo creo que la Iglesia católica, hoy menos que nunca, tiene la pretensión de intervenir en la administración civil de los Estados. Yo creo que, hoy menos que nunca, es tanbale la hierocracia entre nosotros. Yo, por mi parte, suscribiría con mucho gusto una proposición de ley en que quedaran excluidos todos los clérigos, desde el Cardenal hasta el Sacerdote más insignificante, de toda participación en la gestión de los negocios públicos puramente civiles. Pero á mi vez, quisiera también que vosotros reconocierais en la Iglesia católica la santa libertad, sin la cual no puede ser, no puede existir esa libertad que es su esencia, que está en su naturaleza íntima; esa libertad, en fin, á que no pueden renunciar sus pastores sin incurrir en degradante delito de prevaricación indigna, de infame apostasía. Por eso quisiera que se rectificase el lenguaje de llamar funcionarios públicos á los Sacerdotes, á los eclesiásticos españoles. No; no somos funcionarios públicos. Queremos todo el bien posible de la potestad civil: con la doctrina, con la enseñanza, con todos los medios espirituales que nuestro ministerio pone á nuestra disposición, con todos ellos contribuimos al mayor esplendor, á la mayor gloria, á la paz del Estado.

Pero nunca podemos renunciar á la santa libertad que hemos recibido de Dios. ¿Por qué se nos ha de llamar funcionarios públicos, cuando en esta misma Cámara personas tan respetables como el Sr. Ríos Rosas y el Sr. Moret, vocales que eran de la comisión del proyecto constitucional, reconocían, al redactarse el art. 21, que la nación se reconocía obligada á sostener el culto y los ministros de la religión católica por vía de indemnización (indemnización por cierto insuficiente), en compensación de los cuantiosos bienes de la Iglesia de que el Estado se apropió?

Pero aun entonces, señores diputados, ¿creéis que los Sacerdotes, los Clerigos, los ministros de la Iglesia de España, con la módica indemnización que recibimos del Estado, habíamos de considerarnos como funcionarios públicos, lo mismo que sucede en la Iglesia cismática, en una Iglesia nacional, en la Iglesia anglicana, por ejemplo?

Entonces, ¿creéis; entonces, viendo que se trataba de ahogar á la Iglesia con argolla de oro, la arrancáramos del cuello, y arrojándola por el suelo, os diríamos: «¿ahí tenéis vuestro dinero; no nos hace falta ni la plata, ni el oro, ni los honores, ni los respetos, ni las consideraciones mundanas: quedados con todo: dadnos solo libertad, nada más que libertad.»

No me importa, señores, que tomando acta de estas palabras el señor ministro de Gracia y Justicia, crea que voy á dar un nuevo abrazo á los diputados de la minoría republicana. Sin embargo, señores diputados, he de decir que estoy más cerca, mucho más cerca de los señores de la minoría republicana que del señor ministro de Gracia y Justicia. Esta es la verdad.

No quisiera que de esto pudiera ofenderse el ministerio; pero si añadiré que, lejos de mostrarse descontento de la conducta del señor Cardenal Arzobispo de Santiago, yo creo que ha merecido bien del Gobierno mismo, y no temo decir que debe merecer bien de la Cámara. Porque realmente, señores diputados, si el pueblo español no vé en las pastorales de sus Prelados más que la consecuencia, más que el cumplimiento de una orden emanada del poder civil, ¿cómo, señores diputados, esas instrucciones, esas enseñanzas, esos preceptos eclesiásticos llegan completamente desvirtuados á nuestras masas, y no producen el efecto que el Gobierno y el episcopado se propusieran.

El pueblo español es noblemente activo, y rechazará indignado las amonestaciones de los Prelados si se persude de que los Prelados son servidores adocenados, son serviles aduladores de los poderes públicos.

También contra San Ambrosio se hizo el argumento que hoy se produce contra el señor Cardenal Arzobispo de Santiago: *Hoc contumacia non modesti est sacerdotis*.

«Esa contestación, se le decía, que dais al Emperador, no es propia de un Sacerdote modesto; es propia de un Sacerdote altanero y grosero.» Y el Prelado contestaba: «yo no falta á las formas ni á las conveniencias sociales; soy enérgico, pero grosero no; yo respeto mucho la ley del emperador, pero no quiero que esté sobre la ley de Dios, que ha consagrado la independencia de la Iglesia.» Y añadió: «Si yo accediendo á exigencias diera instrucciones al pueblo en el sentido que me indicáis, ninguna fe, ninguna confianza podrían inspirar mis palabras: *Legem tuam, imperator, nollem esse supra Deum legem*. Fidem inspirare non possumi.» (Cartas de San Ambrosio, tomo II, página 257, edición de París del año 1860). Hé ahí la manera de desvirtuar la acción de los Prelados: hé ahí la manera de debilitar la energía y eficacia de las pastorales de los Prelados; hé ahí la manera de dejar sin efecto los fines de alta conveniencia social, no lo dudado, que el ministerio se propusiera.

Conste pues, señores diputados, que el señor Cardenal Arzobispo de Santiago al escribir lo que

escribió en su comunicación al señor ministro de Gracia y Justicia, no incurrió en delito de desobediencia, sino que creyó conveniente suspender por entonces, omitir por entonces, la publicación de esa pastoral, y lo expuso así, no en forma irreverente, aunque sí enérgica, porque creyó que hablaba de autoridad á autoridad, y no como funcionario, no como dependiente subordinado del poder civil. Creo que en esto no es reparable. No desconocemos los principios más elementales, más rudimentarios, más sencillos del derecho canónico, ¿qué digo del contrario, hasta del sentido común. Creo, por el contrario, que el señor Cardenal Arzobispo de Santiago, presentándose en la actitud digna en que se presenta, se reserva para ocasiones especiales, en que podrá prestar eminentes servicios al poder civil; al Gobierno supremo de la nación; porque cuando el señor Cardenal Arzobispo de Santiago habla á sus diócesanos, sus diócesanos estarán perfectamente convencidos de que lo que les dice, se lo dice por convicción de su propia conciencia, lo dice inspirándose en los deberes de su alto cargo, no por ceder á exigencias, que el pueblo pudiera creer no del todo justificadas, del poder civil.

Supongamos, sin embargo, señores diputados, que no tuviera tan fácil defensa la inocencia del señor Cardenal Arzobispo de Santiago; supongamos que fuera dudosa su criminalidad, ¿qué digo dudosa? supongamos que hubiera incurrido en una verdadera responsabilidad criminal, ¿qué entonces deberíamos nosotros conceder permiso, licencia, autorización para procesar á ese eminente Prelado? De ninguna manera. El fiscal del Tribunal Supremo de Justicia, ocupándose de la supuesta criminalidad del señor Cardenal Arzobispo de Santiago, compara su comunicación á la que en otro tiempo dirigió el señor Obispo de Cuenca al rey de España D. Carlos III. Está á manera de nota 7.ª á la ley 10, título VIII, libro 1.º de la *Novísima Recopilación*.

«El rey D. Carlos III en 1777 tuvo como pena bastante la reprensión imputada gubernativamente, dice el Consejo de Estado, ocupándose del hecho que cita el fiscal del Tribunal Supremo, en uso de la potestad económica y tutiva que á la corona pertenecía desde los tiempos más antiguos, para castigar las graves inculpaciones hechas á la potestad real por el reverendo D. Isidro de Carvajal y Lancaster, Obispo de Cuenca, de que se hablaba la Iglesia perseguida, saqueada en sus bienes, ultrajada en sus ministros y atropellada en su inmunidad; inculpaciones que, según la legislación penal entonces vigente; constituían el gravísimo delito de alevosía y traición al rey. El rey, sin embargo, se conformó con este dictamen del Consejo de Castilla; y á nada más se procedió.»

Y recientemente, ya que también esa fecha se ha citado, recientemente, cuando se trató de la comunicación dirigida por algunos Prelados españoles á la entonces reina de España doña Isabel II, en términos que el Consejo de Estado dijo que podrían constituir graves injurias y desacato, sin embargo, se dispuso que se manifestase á esos Prelados haber incurrido en grave desacato de S. M. la reina, apercibiéndoles que en adelante no elevaran al trono manifestaciones de esa índole en los términos que se habían permitido hacer.

Ahora bien, señores diputados, es indudable, es evidente que la exposición ó comunicación del señor Obispo de Cuenca entonces, y las exposiciones de los Prelados hace poco años, están concebidas en términos más fuertes y que constituirían en su caso mayor injuria, más grave desacato, que los términos en que viene concebida la comunicación del señor Arzobispo de Santiago. ¿Y habremos nosotros de aconsejar al Gobierno que sea más absolutista que D. Carlos III, menos liberal que doña Isabel II? Hé ahí la cuestión: resuelta.

Mas lo que parece haber disgustado más en la contestación del señor Cardenal Arzobispo de Santiago ha sido que este Prelado denunciara cierto divorcio desde la revolución de Setiembre acá entre la Iglesia y el Estado. Vosotros os habéis levantado aquí para protestar contra esas palabras; y si queréis hacer ver que no hay ese divorcio y que detrás del divorcio no viene la santidad del marido contra la mujer que repudió, no consentáis que el Arzobispo de Santiago sea llevado á los tribunales. Jamás veréis que este divorcio no ha entrado jamás en vuestros planes. Pero ¿es ó no verdad que el Estado se ha divorciado de la Iglesia? No os diré que este divorcio haya sido *quod vinculum*. ¿No lo ha sido al menos *quod thorum et habitamentum*? Porque la verdad es esta: cuanto más ó menos íntimas sean las relaciones entre la Iglesia y el Estado, más ó menos podrán tolerarse mutuas intrusiones que nacen de la mutua amistad y confianza; pero cuando estas relaciones se enfrian, entonces no debemos sorprendernos de que cada uno de los poderes que deben sostener esas relaciones se manifieste más receloso y más celoso de sus prerogativas, de sus atribuciones, de su dignidad y de su soberanía. Esto es lo que sucede hoy en España. Yo bien sé que aquí se ha sostenido la doctrina de que las relaciones entre la Iglesia y el Estado son hoy tales cuales antes existían. Sin embargo, permitidme decir que esto no es exacto. Se supone que antes del siglo XVI el Estado se hallaba en España con la Iglesia en las mismas condiciones que hoy se encuentran: no es así, y yo injuriaría vuestra ilustración si me detuviera á demostrar que antes del siglo XVI, y ya desde el Concilio III de Toledo, en tiempo del rey Recaredo, se echaron los cimientos de la unidad religiosa, unidad sobre la cual había de levantarse después la unidad nacional.

Yo podría recordaros que en tiempos más antiguos, en el siglo IV, y en un Concilio de Elvira, en uno de sus primeros cánones se ocupaba, en cuanto entonces podían ocuparse, de restringir la vida religiosa de los que profesaban cultos distintos del católico. Desde el Código penal del año 1848 castigando los delitos contra la religión; desde el Fuero Juzgo hasta el Concordato novísimo, vino España resistiendo la tolerancia omnímoda de cultos que recientemente se ha decretado. La tolerancia de los judíos, en conformidad al decreto de las Decretales, y la obediencia de los musulmanes en cumplimiento de las constituciones, no se oponían á la unidad religiosa de España. Ni los judíos ni los musulmanes eran ciudadanos españoles. Y San Fernando, que protegía á los unos y á los otros, no toleraba, sin embargo, á los hereges. Vad, pues, cómo la situación del Estado en España ha cambiado relativamente á la Iglesia. Yo convengo con el señor Gonzalez en que un pueblo no deja de ser de

un momento á otro lo que ha sido durante larga serie de siglos. Y añado que las relaciones de que tratamos no están vinculadas á determinadas soluciones en el terreno económico, porque obedecen á consideraciones más altas.

Pues qué, pueden romperse los lazos que unen á la madre con el hijo por más que la madre no reciba del hijo protección ni socorro? No deben dejar de existir relaciones fundadas en la misma naturaleza de las cosas. Estas relaciones deben continuar en España, y en su continuación exigen, si yo no me equivoco, y reclaman que no se conceda la autorización que se pide en el suplicatorio del Supremo Tribunal de Justicia para el procesamiento del señor Cardenal Arzobispo de Santiago. Voy á ser breve en la exposición de esta idea.

La verdad es, señores diputados, que hoy más que nunca los poderes públicos en España deben contribuir á rodear de una aureola de gloria á la Religión católica; hoy más que nunca es necesario estos después de haberse promulgado la libertad de cultos en España. ¿Y sabéis por qué? Porque el poder supremo tiene un interés extraordinario, inmenso, en que el pueblo cuyos destinos rige sea un pueblo moral; y tan cierto es esto, que vosotros mismos estáis perfectamente convencidos que si la libertad ha de plantearse sólidamente en el país, es indispensable que en este país haya moralidad.

Un pueblo inmoral y libre sería lo más horrible que puede concebir la imaginación humana. Sería un pueblo libre como las fieras en las selvas. Haced libres á los hombres, sí, pero hacedlos antes morales; porque solo de esta manera, repito, puede plantearse sólidamente en un país la libertad.

Ahora bien: yo no creo en eso que ha venido á llamarse moral universal no católica, moral independiente; yo sí creo en una moral independiente del hombre; pero la hago dependiente de Dios; porque cuando no depende de Dios, depende de los hombres, y dependiendo de los hombres, tiene que ser una moral incompleta, sujeta á veleidades, y esta moral no es la que debe regir á los pueblos, ni es una moral verdadera, sobre la que puede fundarse la libertad de un pueblo. Los filósofos han creído quizá poder formular un Código completo de moral con independencia de toda religión positiva, es decir, con independencia del mismo Dios. Pues notad bien, señores diputados, que vosotros podéis ser filósofos; pero el pueblo para quien legislaís no lo es. Yo no hablo del pueblo español; hablo de todos los pueblos, que en ninguna región del mundo ni en ninguna época de la edad del mundo han sido pueblos filósofos.

El pueblo es agricultor, es artista, es industrial; pero el pueblo no es filósofo, ni puede serlo. Platon fué un gran filósofo. Platon se forjó allí, en la mente, una república modelo, una república brillantísima, y sin embargo, Platon, según nos distinguía escritor contemporáneo, y según nos ha transmitido la historia, no pudo influir ni sobre los vecinos mismos que vivían en su calle. Esta es la suerte que de ordinario se obtiene de las elucubraciones científicas que no son accesibles á los pueblos. El pueblo necesita una moral, pero moral tangible que le entre por los ojos de la carne y por todos los poros de su cuerpo; una moral que se explique con el crucifijo en la mano y ante el altar adornado de imágenes, ante el sgarrio iluminado por candelabros. El pueblo necesita que se le sugieran las nociones de moral por medio de una religión positiva, por medio de un símbolo sensible, y este símbolo sensible es el vehículo, es el hilo que trasmite la noción, la idea, la chispa eléctrica, el movimiento; es la santa moral de la Religión católica. He dicho, casi sin querer, Religión católica, porque yo estaba hablando de una religión positiva, y la verdad es que la Religión católica es nuestra única religión positiva; es la única religión posible en España. Yo amo y procuro practicar la Religión católica, porque sé que es la única religión verdadera, y que á la observancia de sus preceptos está vinculada la gloria de la eternidad. Pero aun cuando los legisladores españoles tuvieran la desgracia de no ser católicos, deberían, no obstante, respetar el Catolicismo.

¡Ah! Yo recuerdo que Proudhon, que por cierto no era fanático en materia de religión, recuerdo que Proudhon decía: «si queréis gobernar al pueblo, dejadle intacta y levantada, levantada más, en cuanto de vosotros dependa, la religión de ese pueblo.» Y Proudhon no es más que un plagio de Voltaire, porque Voltaire, reconociendo esa misma verdad, les decía á los gobernantes: «si queréis que el pueblo se preste á vuestra dirección, cuidad mucho de la religión de ese pueblo.»

Desgraciados de nosotros, señores diputados, si el pueblo español se hiciera libre pensador y después libre moralista! ¡Oh, yo os aseguro que este pueblo sería ingobernable!

¿Pero qué tiene que ver, me diréis, la religión católica con la cuestión del Cardenal Arzobispo de Santiago, que es la única cuestión concreta que aquí se debate? ¿Qué tiene que ver? He dicho que el pueblo necesita sentir esa religión, necesita aceptarla, como materializada, y sensibilizada y transmitida por ese símbolo que él puede concebir y sentir; y el pueblo que presenciara el lamentable suceso de que vosotros consentáis en que se librara por los suelos la púrpura cardenalicia de un Prelado eminente, de un Prelado cuyas virtudes empezaría á pensar mal, ó de la religión ó de vosotros, ó de la religión positiva que los que nos sentamos aquí para dar leyes al pueblo español. Creedme; porque el pueblo, como ha dicho un excelente escritor francés, el pueblo es gran lógico y sabe deducir consecuencias hasta las más últimas y remotas. El pueblo que viera ese proceder de la Cámara española con uno de nuestros dignos compañeros, ese pueblo no vería en vosotros el respeto, la consideración, las deferencias delicadas que hasta ahora profesara á la religión católica, á sus ministros y á sus altos dignatarios.

Por eso, pues, creo señores diputados, que razones de alta conveniencia, que razones de política trascendente y profunda reclaman hoy que si hubiera habido algún desacato, alguna falta, ¿qué digo desacato, qué digo falta? un verdadero delito en la redacción calurosa de una comunicación del momento, aun entonces estábamos nosotros en el caso de no consentir que el reverendo Prelado de Santiago fuera sometido á los tribunales.

Yo me lamento, señores diputados, que de alguno de nuestros compañeros haya sido proce-



sado en virtud de licencia y autorización concedida por la Asamblea; yo lo siento, yo lo deploro, yo lo lamento; yo hubiera concurrido con mucho gusto a evitar que uno solo de mis compañeros hubiera tenido que presentarse ante la autoridad del juez a responder de sus actos, y tal vez en aquel precedente se quiera hoy fundar una dificultad para poderse negar el suplicatorio en cuya virtud se trata de procesar al señor Cardenal Arzobispo de Santiago.

Debo hacer aquí una declaración franca y genuina, como son todas las que yo hago en la Cámara.

Al decir que en esto ha podido fundarse, que de esto ha podido surgir una dificultad para el logro de mis deseos, no me he referido en manera alguna a los señores de la minoría republicana. Yo sé que todos ellos tienen para mí el mérito indisputable de una consecuencia acrisolada. Yo sé que todos ellos son bastante generosos y bastante grandes para saber hoy olvidar su propio infortunio tratándose de un compañero suyo, muy respetable por cierto, de un Prelado de la Iglesia católica, que no es responsable de las desgracias que han podido ocurrir a uno ni a otro partido de España.

Me refería principalmente a que el Gobierno podía considerarse ligado a no concurrir a la denegación del suplicatorio, fundado en que anteriormente no lo negó. Para este caso yo quisiera hacer un llamamiento al patriotismo, más que al patriotismo, a la generosidad, a la sublimidad de vuestros pensamientos, y quisiera pedir que me ayudárais a solicitar favor, si lo necesita el señor Cardenal Arzobispo de Santiago.

Yo creo, señores diputados, que al expresarme como me expreso interpreto perfectamente los sentimientos de todos y cada uno de vosotros. Este no es un discurso de oposición; este es un discurso encaminado únicamente a que la Asamblea se levante, y se levante más y más haciendo hoy un acto de generosidad y negando la licencia que se solicita para procesar al señor Cardenal Arzobispo de Santiago.

Yo no dudo en aseguráros que el pueblo español verá con gratitud, que el pueblo español verá con verdadero placer, que el pueblo español verá con satisfacción inmensa que la Asamblea Constituyente ha sabido respetar y considerar y venerar la alta, la eminente dignidad del señor Cardenal Arzobispo de Santiago en la gerarquía católica, y la investidura también alta de diputado, de representante de la Nación española, negando el suplicatorio que para su procesamiento se solicita.

Yo ruego, pues, señores diputados, que todos, absolutamente todos, contribuyais a esta obra que indudablemente será considerada por el pueblo español, no como se ha dicho aquí, como un acto de debilidad, sino como un acto de grandeza, porque nada hay más grande, nada es más digno de los fuertes y de los poderosos, que proceder con generosidad y clemencia. He dicho.

## PARTE EXTRANJERA.

### DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

(De la Agencia Fabra.)

PARIS, 28.—El Diario oficial dice que el emperador ha recibido ayer, en audiencia solemne, al Sr. Casal Ribeiro, ministro de Portugal.

ROMA, 27.—Los partidarios de doña Isabel de Borbon, que se han reunido en esta capital, lo han hecho con el objeto exclusivo de asistir a la primera comunión del príncipe de Asturias.

Han tenido lugar entre el embajador de Francia y el Cardenal Antonelli, unas esplicaciones bastante agrias provocadas por la cuestión de la moneda de los Estados del Papa.

SAN PETERSBURGO, 27.—El Journal de San Petersburgo desmiente la noticia de que el Gobierno del Czar, de acuerdo con la Puerta otomana, haya concentrado tropas en las orillas del Danubio con el objeto de estar a la mira de los acontecimientos que de un momento a otro pueden estallar en la Rumania.

(De la Agencia Havas.)

PARIS, 26.—La emperatriz está curada de su bronquitis.

Se asegura que a pesar del voto de ayer, el ministerio está decidido a no recurrir a la disolución del Cuerpo legislativo.

En el Cuerpo legislativo, el Sr. Buffet, contestando a una interpección, dice que es imposible admitir en las cajas públicas la moneda pontificia. La circulación de esta moneda en Francia es de cerca de 20 millones, pierde cerca de nueve céntimos por franco y el Tesoro no puede soportar esta pérdida.

La Cámara se aplaza hasta el 7 de Marzo.

BERLIN, 25.—Reichstag.—Discusión del tratado de jurisdicción con el gran ducado de Baden. El partido nacional presenta una proposición en sentido de la pronta entrada del gran ducado de Baden en la confederación de la Alemania del Norte.

El Sr. Bismark combate esta proposición como inoportuna, declarando que la Confederación se vería obligada a rechazar por el momento toda proposición directa, respecto a la entrada del gran ducado de Baden y que el consideraría como un voto de desconfianza el que se adoptase la proposición.

Queda retirada esta y se adopta el tratado de jurisdicción.

PARIS, 27.—El Moniteur Universel habla de un nuevo paso de las Tullerías para alejar a Roma y al Concilio de una resolución contraria al derecho público francés.

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 1.º DE MARZO DE 1870.

El señor secretario de la Junta Central carlista, nos comunica la nota siguiente de las Juntas constituidas en varios pueblos y aprobadas por la Central:

JUNTA PROVINCIAL DE VALENCIA.—Presidente honorario, Excmo. señor marqués de Sersdona (1).—Vicepresidente, D. José Royo y Salvador.—Secretario, D. Félix Zarranz y Beltran.—Vicesecretario, D. Joaquín Vigil de Quiriones.—Vocales, señor barón de Torregg, D. Isidro Alcedo y Gonzalez.—D. José Gutiérrez y Hernandez.—D. Cristóbal Mas y Grimal.—D. Jaime Beltran y Juan.—D. Leon Aranz del Villar.—D. Agustín Baldovi.—D. Pascual Garrigues y Bru.—D. Eduardo Albácar y Ciurana.

JUNTA PROVINCIAL DE SALAMANCA.—Presidente, D. Gaspar Escudero, ex-diputado a Cortes.—Vicepresidentes, D. Juan Lamainé de Olafra.—D. Vicente Cedron y Varela, abogado.—Secre-

(1) Aunque se había establecido como regla general que no hubiese en las Juntas presidentes ni vocales honorarios, la importancia que, como carlista caracterizado, tiene el señor marqués de Sersdona en España, y con especialidad en Valencia, ha obligado a la Junta central a quebrantar la regla general en este caso especialísimo.

tario, D. Lorenzo Mellado, abogado.—Vicesecretario, D. Silverio Moyano, abogado.—Vocales, D. Fulgencio María Tabernero.—D. Joaquín Lobo y Espinar.—D. Juan A. Sanchez del Campo.—D. Joaquín Estevez.—D. Nicolás Gallego y Sevilla.—D. Sebastián Carlos.—D. Leon Cambron.—D. José Campo.

JUNTA PROVINCIAL DE HUESCA.—Presidente, D. Francisco Valonga y Cabrera.—Vicepresidentes, D. Francisco Bescos.—D. Mariano Altarriba.—D. Sixto Vilas.—Secretario, D. Leon Abadías.—Vocales, D. Juan José Marcellan.—D. Bienvenido Martínez.—D. Manuel Mairal.—D. Mariano Camo.—D. Hilarión Rubio.—D. Juan José Masésico.—D. Mariano Fanlo.—D. Francisco Schar.—D. Teodoro Porquet.—D. Ventura Monreal.

### RUMORES.

Tanto se habla ya de un acontecimiento grave encaminado a poner término a la interinidad, y en el cual va a decidirse de la suerte de la revolución de Setiembre, que nos creemos en el caso de hacernos cargo de esos rumores en lugar preferente, y examinar hasta qué punto son verosímiles.

Es un hecho que la política revolucionaria ha llegado ya a un punto en que es imposible dar un paso; es un hecho que el partido que con más elementos cuenta en la Cámara y en las regiones oficiales, no tiene fuerza bastante para sacar a la situación por medios pacíficos del pantano en que se encuentra; es un hecho, en fin, que progresistas y unionistas y demócratas y republicanos están intimamente convencidos de que es imposible que de las Cortes salga elegido el monarca. Los hombres más importantes de cada uno de esos partidos no ocultan su temor de que el presente imbroglio tenga necesariamente que resolverse por medios violentos.

Estas consideraciones que se hacen diariamente cuantos se ocupan algo en política, y que se extienden a todas las clases de la sociedad y hasta los últimos rincones de la península, han preparado de tal suerte la opinión pública, han formado tal atmósfera, como ahora se dice, que cuesta muy poco el hacer que se extiendan y propalen, si no como ciertos, al menos como verosímiles, y aun como probables toda suerte de rumores que anuncian el empleo de la fuerza para poner término a esta angustiosa situación.

Pero la propagación y acogida de los rumores que se refieren a una manifestación de fuerza en favor del duque de Montpensier, tienen además de los fundamentos generales que acabamos de indicar otros particularísimos. El duque de Montpensier es apoyado por una agrupación política que sin ser numerosa viene ejerciendo gran influencia en nuestro patria desde hace diez y seis años, merced a su osadía y a que una buena parte de los que componen la agrupación ocupan puestos importantes en la milicia. Es una agrupación turbulenta y ambiciosa, sin principio fijo conocido, porque todos los acepta o todos los rechaza, según le convenga para el más fácil logro de sus aspiraciones, que no son otras que las de mandar y medrar a costa del país. Es una agrupación que jamás ha reparado en medios, que se causa pronto del uso de los legales, y que tan pronto como se encuentra fuera del poder empieza a poner en juego su influencia para volver a él por medio de la violencia. En diez y seis años que lleva de existencia ha llevado a cabo dos insurrecciones militares, y hay vehementes sospechas de que ha intentado otras, que no se han verificado, porque antes de que llegara el caso la agrupación a que nos referimos ha visto satisfechas sus ambiciones. En una palabra, la historia de la unión liberal no deja lugar a duda de lo que se puede esperar y temer de esa agrupación política siempre que se vea contrariada en sus aspiraciones. Y hé aquí el dato más importante que en la opinión general del pueblo da colorido de verdad a los rumores acerca de una manifestación militar en favor del duque de Montpensier.

Otro dato que no puede menos de apreciarse es el movimiento de tropas que ha tenido lugar estos días, y el lujo de precauciones militares adoptado por el ministerio de la Guerra. Para preparar ese movimiento se ha hablado mucho de temores de un levantamiento carlista, pero ha llegado la hora de que todo el mundo se convenza de que tales rumores no existen ni tienen el menor fundamento; ha llegado la hora de que el país comprenda que las noticias relativas a los carlistas son pura y simplemente absurdas, y por otra parte las disposiciones que ha tomado el Gobierno no guardan relación con los temores relativos a los carlistas.

Y por último, otro dato que da fuerza a los rumores que con tanta insistencia circulan estos días con relación a Montpensier, es el inesperado misterioso viaje de este pretendiente a la capital, su estancia en un punto no lejano de ella a pretexto de tomar baños de cuya necesidad nadie da razón, y los preparativos que se hacen para recibirle de nuevo en Madrid. ¿No hay algo de extraño en el empeño tenaz que tiene el duque de Montpensier en vivir en Madrid cuando su nombre es causa de tantas inquietudes? Si fuera cierto lo que él dice, esto es, que su única aspiración es la de ser ciudadano español, ¿no repararía en que su presencia en la capital de España cerca del Gobierno y del foco de la política es una verdadera imprudencia o mejor una temeridad, que va a irritar a sus adversarios? Su venida a Madrid tiene todo el aire de un verdadero reto a los partidos que rechazan su candidatura.

Hasta aquí los fundamentos de los rumores que por todas partes circulan. En cuanto a los rumores mismos, difícil sería que en los límites de este artículo diéramos cuenta de los que se propagan; pero la mayor parte se reducen en sustancia a lo siguiente: los unionistas, se dice, tienen trabado el ejército y se proponen dar un golpe de mano para entronizar a su candidato. Los unionistas, añaden algunos, cuentan con el general Prim, que ha obtenido del duque de Montpensier la seguridad de que continuará al frente del Consejo de ministros. El general Prim, añaden otros, continúa siendo adversario del duque de Montpensier, sabe que los unionistas trabajan en el ejército, y de ahí los temores, de ahí el movimiento de tropas y de ahí las provocaciones. De modo que la opinión de que los montpensieristas

trabajan porque el ejército proclame un día al duque de Montpensier es general, la duda está en si este cuenta o no con el general Prim.

Hemos querido exponer con llaneza la parte principal o sustancial de los rumores que circulan para que nuestros lectores tengan una idea aproximada de lo que se dice, más no porque nosotros creamos que ciertas habladurías merezcan tomarse muy en serio. Y si no reflexionemos un poco sobre cuanto acabamos de escribir.

En primer lugar, si fuera cierto que se intentara la proclamación del rey D. Antonio por el ejército en un día próximo, ¿se habrían hecho tan públicos tales intentos que todo el mundo hablara de ellos y señalara hasta el momento de dar el grito?

En segundo lugar, la misma presencia del duque de Montpensier en los alrededores de Madrid, punto en donde principalmente había de tener lugar la proclamación violenta, supondría que el duque estaba seguro del éxito sin que hubiera necesidad de disparar un tiro. ¿En qué cabeza medianamente organizada, cabe la idea de que una manifestación de fuerza en favor de Montpensier no fuera la señal de una conflagración general que inauguraría la lucha civil más terrible de cuantas ha habido en España durante el presente siglo? Por desnaturalizado que esté el carácter español, ¿se ha rebajado hasta tal punto que pueda injuriarse a esta nación suponiendo de ella que se dejaría imponer tranquilamente el vergonzoso yugo de la monarquía de un francés, ingrato para con su misma sangre, y que no ha dado la más pequeña muestra ni de valor ni de talento?

Carlistas, republicanos, isabelinos, alfonsinos y la mayor parte de los progresistas, olvidarían seguramente sus discordias en el momento en que se tratase de imponerles a la fuerza un rey francés; se acordarían solo de que son españoles y sin necesidad de previo concierto, se levantarían en las ciudades y en el campo como se levantaron nuestros padres a principios de este siglo para impedir a costa de su sangre que cayera sobre esta nación la mancha que querían echar sobre ella algunos aventureros.

No; nosotros no creemos, pensando racionalmente, que haya quien no siendo unionista esté dispuesto a prestar a estos su apoyo para la descabellada empresa de que se habla estos días. No lo creemos del general Prim, porque aparte de otras razones no puede desconocer que su interés propio está en contraposición con la candidatura de Montpensier; y no lo creemos en general del ejército, que no puede prestarse a ser a sabiendas instrumento de tamaña indignidad.

Y sin embargo, nosotros no podemos convencernos de que los temores de que ocurra algún hecho extraordinario carecen por completo de fundamento. Nosotros creemos que cuando todo el mundo teme una misma cosa, hay algún motivo para temer. ¿Cuál es hoy ese motivo? Nosotros no vemos otro que la conspiración de los unionistas.

### EL CONCILIO.

Los periódicos y agencias telegráficas de toda Europa no cesan de dar noticias, verdaderas o falsas, acerca de la actitud de los Gobiernos y aun de los Prelados respecto al Concilio y a los asuntos sobre los cuales se esperan resoluciones de la augusta Asamblea. Ya se habla de una nota colectiva de las potencias para que no se defina el dogma de la infalibilidad, ya de un despacho del barón de Beust al embajador de Austria en Roma para que haga a la Santa Sede observaciones en el mismo sentido, ya, en términos más vagos, se dice que el gabinete de las Tullerías entabla negociaciones con Roma para evitar que el Concilio adopte resoluciones contrarias al derecho público francés.

Según los informes más fidedignos, lo único cierto es el despacho del barón de Beust. Las potencias no han dado ni es probable que den paso alguno colectivo, y en cuanto a Francia, si nos atenemos a la conducta del Gobierno, a las declaraciones del *Constitutionnel* y a noticias recientes de París, es de creer que no procurará poner públicamente obstáculos al Concilio. No fiamos en la política francesa, ni esperamos de ella grandes cosas en favor del Concilio y menos de sus decisiones; pero, por ahora, como decía no há mucho el *Constitutionnel*, no hay señal de que el Gobierno francés salga de la reserva, que al parecer se ha impuesto, respecto a los asuntos interiores del Concilio.

Lo que hace el Gobierno imperial es favorecer cuanto puede al partido católico liberal, acogiendo por medio de sus órganos oficiales todas las publicaciones, escritos y discursos de sus hombres, y colmándolos de elogios. Los mismos periódicos declaman en largos y frecuentes artículos, contra la marcha del Concilio, contra su preparación y su reglamento, dando consejos, en son de amistoso interés, a la Santa Sede y a los Padres congregados, consejos cuyo objeto evidente es quitar energía y prestigio a la augusta Asamblea, sembrar, si posible fuera, la división y el disgusto en su seno, y hacer ineficaz, o por lo menos desvirtuar la obra anti-revolucionaria de la Iglesia.

No sin pena vemos que los Gobiernos siguen obstinados en su prevención contra la Iglesia, como si de la Iglesia hubiera resultado nunca mal alguno contra la potestad secular. La revolución, por el contrario, es la que mina y destruye todo poder y autoridad, y la sociedad misma, que únicamente puede ser restaurada por la acción edificante de la Iglesia católica. Pero al cabo, todavía se comprende que los Gobiernos hijos de la revolución no se quieran poner en frente de esta, siquiera comprendan, como comprenderá Francia, que en ella están el peligro y la amenaza constante del orden social.

Lo que apenas se concibe es la prevención, la resistencia que muestran ciertos católicos al Concilio y a sus eventuales resoluciones, dando a entender con ello que si la revolución no es el principal objeto de su amor, al menos amaña a la vez que a la Iglesia. Católicos incomprensibles en estos tiempos de lucha decisiva, en que la Iglesia Cató-

lica se ve atacada en sus fundamentos por el espíritu del mal, que es el espíritu revolucionario; en estos tiempos en que la Iglesia está abandonada de todo humano socorro, y que a donde quiera que tienda la vista, encuentra negación para sus doctrinas, oposición y hostilidad a sus actos y a sus ministros.

En semejante estado de cosas, el más vulgar sentir aconseja la decisión, la energía, la unión. Todo lo que sea robustecer la unidad de la Iglesia, robustecer su poder y la hace más fuerte contra los ataques de la impiedad; y en verdad que no es manera de darle esta fortaleza, empeñarse en que contemporice con la revolución o en que no la resista de frente, oponiendo a sus negaciones destructoras, resueltas y saludables afirmaciones.

Digámoslo claro: el partido católico liberal de Francia y Alemania, porque en Italia y España, a Dios gracias, no lo hay, está dando un tristísimo espectáculo, alegrando a los enemigos de la Iglesia. No lo decimos nosotros: lo han dicho antes ilustres Prelados que pasan por afectos a sus doctrinas, pero cuyo superior celo por el bien de la religión les ha hecho condenar las demostraciones y actos de los católicos liberales. Recientes están las declaraciones de los Obispos de Maguncia, Colonia y Munich y otros Prelados alemanes: no se dirá que es pasión de nuestra parte, acusar de imprudente y peligroso al partido católico liberal, minoría turbulenta, que como todas, quiere imponerse a gritos, supliendo con sobra de voces y manifestaciones lo que le falta de razón e importancia.

¿Qué fé es la suya en la asistencia del Espíritu Santo, cuando pretende hasta intimidar a los Padres del Concilio? ¿Qué fé es la suya, cuando por las señas, se muestra dispuesto a resistir las decisiones del Concilio, si son contrarias a sus deseos? ¿Qué fé es la suya cuando promueve tumultos y demostraciones para que la infalibilidad no se defina?

Por nuestra parte, esperamos tranquilos y confiados las decisiones de la Iglesia, sin temor a las alharacas de los católicos liberales, ni susto por la actitud en que puedan estar los Gobiernos. Lo que el Concilio decida, eso actuaremos sumisos, seguros de que será lo más conveniente y confiado en que, según nuestro inmortel Pío IX, el Concilio cumplirá su misión, terminará la obra providencial que ha empezado, y dirá la verdad, solo la verdad y toda la verdad.

Hay que proclamar la verdad entera, ha dicho el Papa, y así se hará.

Hemos notado con cierta satisfacción que al *Universal* le dá mucho que pensar y más que decir el sueldo del Sr. Manterola.

El día menos pensado se hace Cura el diario progresista, por desbancar al virtuoso magistral de Vitoria.

Pero le advertimos, por si lo ignora como acostumbra el diario progresista, que esas plazas no se ganan con insulsas gacetas, sino a fuerza de talento y de profundos estudios.

Medítele, pues, mucho *El Universal* antes de variar de *modus vivendi*, que ninguno ha de encontrar tan obvio como el que le trasportó, en un abrir y cerrar de ojos, de la humilde redacción de un periódico a los dorados salones ministeriales.

No sabemos que en Madrid defienda al Sr. Figuerola otro periódico que *El Diario Español*.

Aunque bajara del cielo, dice, un ministro de Hacienda, no podría hacer más de lo que hace el Sr. Figuerola, si «en medio de la confusión general todos los deudores de la Hacienda oponían una resistencia pasiva al pago de lo que debieran satisfacer».

Convengamos en que nada tiene de hábil esta defensa del actual ministro, cuando son muchos los pueblos en que están cobrando las contribuciones a estilo de Marruecos o sea por medio de la fuerza pública.

Fuera de que un buen administrador no tanto debe cuidar de la distribución como de la recaudación de los caudales que administra. Si toda la ciencia económica del señor Figuerola consiste en repartir entre los diversos ministerios el dinero que buenamente recauda el Tesoro público, preciso es convenir en que para adquirirla excusaba haber pisado la Universidad ni abierto un solo libro de economía.

Pero *El Diario Español*, que funda la defensa del ministro en que no pagan los deudores a la Hacienda, tiene buen cuidado en ocultarnos que esta en cambio se apodera de lo ajeno con una imperturbabilidad asombrosa. Indudablemente habrá particulares que deban a la Hacienda; pero público y notorio es que esta ha puesto en venta bienes de las iglesias, de las monjas y de la corona por valor de algunos millones. No tienen, pues, la culpa de lo que pasa los contribuyentes; tienenla los ministros, que por complacer al vulgo destruyen un sistema de contribución sin haber pensado antes en la manera de suplirle; tienenla la revolución, que matando la confianza destruye por muchos años la riqueza pública; y tienenla, por último, la codicia y ambición de los revolucionarios, los cuales en llegando su hora no se ven satisfechos con nada y quieren empleos, ascensos, indemnizaciones y otras cosas que no son para dichas.

Siga, pues, *El Diario Español* singularizándose en la defensa del Sr. Figuerola, que al fin y al cabo el Sr. Figuerola merece ser defendido por quien en otro tiempo defendió al Sr. Mon y otros muchos ministros moderados.

Escribe anoche *El Tiempo* y copia hoy *El Imparcial* las siguientes líneas:

«El señor Obispo de Osma, hospedado en la escuela Pia de San Anton, parece que ha sido recibido y es visitado por el partido carlista residente en Madrid.»

El señor Obispo de Osma no ha sido recibido ni es visitado por el partido carlista sino por las asociaciones y personas que trabajan públicamente en evitar los males que pesan sobre la religión católica por culpa de los moderados. Así, no es de ex-

trañar que entre las personas que fueron a recibir al venerable Obispo, y que lo han visitado en su prisión, no se hallasen los moderados, aquellos moderados que se atrevieron un día a insultar a los Obispos senes por que no abandonaba sus diócesis para votar contra el ministerio y facilitar la entrada de Narvaez en el poder.

Que este faltase entonces al respeto a los venerables Prelados, es menos censurable que la conducta de *El Tiempo* con el Obispo de Osma. Al fin y al cabo aquellos señores estaban libres y este es víctima de la persecución revolucionaria que lo ha traído a Madrid, como si fuese un criminal. Presentar hoy a este santo Obispo, ligado al partido carlista, como lo hace *El Tiempo*, es una crueldad del género moderado, de la cual se aprovecha hoy *El Imparcial* y se aprovecharán mañana todos los revolucionarios.

Bien dice el refrán: quien tuvo, retuvo y guardó para la vejez.

### Dice *El Imparcial*:

«Según nuestras noticias, el Gobierno las había recibido de que en Daroca era muy posible el triunfo del candidato carlista para representar aquel distrito. El candidato liberal que sostiene la lucha en aquella circunscripción es el Sr. Mocholes.»

Nuestras noticias están conformes con las del diario democrático, y el triunfo de nuestro querido amigo y compañero, Sr. Gomez, para la circunscripción de Calatayud, es seguro a peca libertad que tengan los electores.

Pero a juzgar por lo que anoche dice *El Pueblo*, el gobernador de Zaragoza es un discípulo aventajado del Sr. Posada Herrera, y bien merece un ascenso en el próximo arreglo de gobernadores que prepara el señor Rivero.

Vase lo que dice el diario republicano.

«Tenemos las mejores noticias del celo y actividad del señor gobernador de Zaragoza. A estas horas ha hecho todo lo que democráticamente puede hacerse por asegurar la causa del orden en la circunscripción electoral de Daroca. Si el Sr. Mocholes no viene al Congreso, no será por culpa ni pereza de este distinguido funcionario. Visitas, insinuaciones, promesas, viajes, cacerías, nada se ha escaseado, según nuestras noticias.»

Por fortuna todos los amaños y coacciones de los revolucionarios se estrellan en Calatayud, como en otras partes, contra la proverbial firmeza de principios y valor a toda prueba del partido carlista. Solo a fuerza mayor cedan nuestros amigos, y si pierden las elecciones es porque se les encierra, se les maltrata o se les asesina.

Antes de Setiembre del 68, los que ahora mandan creían no solo un derecho, sino un deber, el rebelarse contra la autoridad para acabar con los abusos. Se rebelaron, y los abusos subsisten, según el testimonio de los revolucionarios.

Hé aquí la prueba:

«Los mismos errores económicos, si no mayores, los mismos abusos administrativos; el favoritismo como antes; como antes la empleomanía. ¿Qué son? ¿Qué representan en el poder los antiguos demócratas y progresistas? Nada, sino es su descrédito y el de la revolución.»

Esto dice *El Pueblo*. Y como nosotros no entendemos ni jota de derechos revolucionarios, queríamos que se nos contestase por persona competente a esta pregunta. ¿Si los abusos de la monarquía legitimaban la conspiración en 1868, los mismos abusos, y acaso mayores, autorizan en 1870 para conspirar contra el Gobierno?

Pero ahora caemos en la cuenta que la revolución ha suprimido la lógica y el pudor y la justicia, y que hoy en España, más envilecida que la antigua Roma en sus peores tiempos, es ley la voluntad, no del príncipe, sino de unos cuantos conspiradores con fortuna.

No puede negarse que hemos progresado.

Cuando tanto se habla de desavenencias entre progresistas y demócratas y del disgusto que va inspirando al general Prim el carácter avasallador del Sr. Rivero y cuando circulan por ahí rumores horripalantes acerca de planes que tienen por base la inteligencia entre altos personajes del unionismo y del progresismo no hemos podido menos de atribuir importancia al artículo de fondo que publica anoche *La Independencia Española*. Este periódico impulsado por los graves rumores que circulan de algunos días a esta parte, se considera en el caso de dar la voz de alerta al grande, histórico y tradicional partido progresista para que no se haga solidario de tentativas que su doctrina no admite y que el país entero rechaza lleno de indignación y cansada ya su generosa tolerancia.

*La Independencia Española* haciendo alusiones más que transparentes a ciertos personajes, o más bien a cierto elevado personaje, le advierte que no puede jugar con el nombre del partido progresista, el cual está lejos de prestar su autoridad a presuntuosas personalidades que traten de transmitir al partido el fatal resultado de sus inconcebibles proyectos, que si hay algunas variaciones que se creen imprescindible necesarias, padecen una fatal equivocación; que el partido progresista no ha pronunciado su última palabra, y que el día en que una lamentable desgracia le coloque en la necesidad de hacerlo, algunos que se invisten con el carácter de jefes supremos, no solo serán dignamente rechazados, «si que también puede que ni aun les quede derecho para figurar como simples soldados de fila».

Dice despues el diario progresista, que se da como seguro el rompimiento entre los progresistas y sus aliados lógicos y naturales los demócratas; «rompimiento, añade, que hace tiempo se viene elaborando en el seno de un determinado grupo,» y asegurando que los rumores que anuncian ese rompimiento tienen una causa y un origen cierto, examina cual puede ser el objeto del mismo.

*La Independencia* cree que a lo que tienen los progresistas que quieren separarse de los demócratas, es a unirse con la fracción unionista y a admitir todas sus exigen-



cias y deseos, y después de varias reflexiones encaminadas a censurar semejantes tendencias escribe lo siguiente:

«Nosotros no podemos tolerar situaciones tan oscuras, ni menos aplaudir amañamientos. Sabemos por ventura a dónde se nos guía? El país no, pero nosotros particularmente sí y mil veces sí; nosotros conocemos hasta en detalle planes e intenciones, proyectos y sigilosas combinaciones, y en verdad que las condenamos y rechazamos siquiera por hoy las envolvamos en el silencio avergonzados de haberlas sorprendido.»

No necesitamos ponderar la gravedad de las precedentes líneas y especialmente de las que dejamos subrayadas. Ellas por sí solas dicen más que todos nuestros comentarios. Pero ¿qué planes, qué proyectos son esos que ha sorprendido *La Independencia*? ¿No recogerán los diarios ministeriales las declaraciones de este diario y pondrán los medios para destruir el mal efecto que han de producir?

Si la situación se complica promete *La Independencia* que ha de decir la verdad clara y desnuda de todo atavío.

Pues casi nos atrevemos a asegurar que el diario espartista ha de tener ocasión de cumplir su promesa.

En la estación del Mediodía esperaban ayer al señor Obispo de Osmá una comisión de la minoría tradicionalista, de la Junta suprema de la Asociación católica, de la Juventud católica, de la Junta central católico-monárquica, y de la prensa carlista, y varias personas, entre las cuales recordamos a los señores Mantecón, conde de Canga-Argüelles, conde de Vigo, Muzquiz, Carbonero y Sol, Unceta, Pérez Hernández, Trelles, Aymerik, Novoa y la Hoz y Liniers. La circunstancia de haber recibido a las altas horas de la noche de anteaer el despacho telegráfico anunciando que a la una de la mañana siguiente llegaría el señor Obispo, fué causa de que no concurrense mayor número de personas a la estación del ferrocarril.

El reverendo Prelado fué conducido, como ayer dijimos, al Tribunal Supremo, volviendo de él a hora avanzada. A su regreso al colegio de San Antonio Abad se le puso en comunicación, y así ha permanecido hasta esta mañana, en que de nuevo ha sido llevado al referido tribunal para continuar sin duda la declaración indagatoria.

De una carta de París que publica *La Patria* tomamos las siguientes líneas:

«Una prueba de los peligros que ofrece la situación actual de España, es que el duque de Módena haya entrado en la conjuración carlista. El duque de Módena tiene dinero, y con dinero se hacen muchas cosas en nuestro país, que no debieran hacerse. De nada sirve que hayan detenido a D. Carlos en Lyon y mandándole a Suiza. Prim fué echado de Francia por conspirador; lo echaron dos veces de Bélgica, y sin embargo, ya sabemos lo que esto ha valido. Olózaga ha pasado casi toda su vida perseguido por conspirador, y ha sido lanzado de una a otra parte, y vive regaladamente en París, y es embajador, mientras que Prim tiene aspiraciones al protectorado de España. Desde Suiza se irán a Gibraltar ó a otra parte D. Carlos y sus partidarios, y el arresto de Lyon no valdrá más que lo que hicieron con Olózaga y Prim las autoridades extranjeras.»

Hay en las precedentes líneas mucho de verdad, pero hay también alguna inexactitud que estamos en el caso de rectificar.

Es verdad que el duque de Módena tiene dinero, mucho dinero, pero el duque no ha pensado en hacer con su dinero nada que no deba hacerse.

Tampoco es cierto que el duque de Módena haya entrado en la conjuración carlista, porque no existe semejante conjuración. El ilustre duque tiene grandes simpatías por el partido carlista, está intimamente unido a D. Carlos, que es su sobrino y tal vez le ha dado pruebas de estar dispuesto a hacer por él cualquier sacrificio, pero ni D. Carlos ni los carlistas han pensado en conjurarse ni tienen necesidad de ello.

El partido carlista, lo hemos dicho y lo repetimos, fía el triunfo de su causa a su organización, a la pacífica propagación de sus doctrinas y al uso de los medios legales vigentes en España.

Un artículo delicioso publica hoy *La Epoca*, del cual sentimos no poder hablar con extensión por falta de espacio.

Trata de explicar el diario de la tarde lo que él entiende por *revolución*, por *legitimidad* y por *partido conservador*, con lo cual dicho se está que pueden alquilarse balcones para oír a *La Epoca*.

Según ella, la revolución es un mal; y como a la revolución nada le duele, suponemos que el mal de que habla *La Epoca* es moral. Para este profundo filósofo las revoluciones fueron un mal necesario hasta la Revolución francesa, y todas, desde la de Cain hasta ella, tuvieron la *legitimidad* de lo inevitable, porque imperaba la fuerza. Desde los últimos años del siglo pasado las revoluciones carecen de esa *legitimidad* epigonal, lo cual debe tener su cuidado a los revolucionarios, porque el mismo derecho asiste a ellos que a *La Epoca* para prolongar el reinado de la fuerza, y decir que subsiste lo que según el filósofo fresco acabó a últimos del siglo XVIII.

La legitimidad no existe para *La Epoca*, porque la hace subsistir del *curso mediato o inmediato de la soberanía popular*; según el diario de la tarde solo los carlistas tenemos derecho a invocar el principio de legitimidad, lo cual es cierto, y por eso sin duda no hacemos con él amalgamas monstruosas. Y continúa *La Epoca*:

«Si (el partido moderado) persiste en asirse al principio de la legitimidad puramente familiar, tanto peor para él, que no puede lograr sino ser a un mismo tiempo instrumento y risa del partido carlista: la gran masa del partido conservador no debe ni puede olvidar que jamás entendió de ese modo la legitimidad; que no la sacrificó a la libertad, con la cual quiso siempre hacerla compatible; y que hoy mismo, si vuelve los ojos a un príncipe que legalmente no ha sido excluido de la sucesión al trono, no se porque considere al país patrimonio de una familia, sino porque, aparte de la cuestión de derecho, juzga que ninguna solución mejor que esa puede contribuir al restablecimiento y consolidación de la monarquía en nuestra patria, a evitar que se

produzcan nuevos y temibles intereses dinásticos, a conciliar y unir los partidos y a afirmar el Gobierno representativo que aquel príncipe simboliza.»

Perfectamente dicho. En polémica con *El Siglo* hemos escrito nosotros cien veces lo que hoy repite *La Epoca* a los moderados. D. Alfonso de Borbón es un candidato tan revolucionario en su origen y en su política como su tío el duque de Montpensier, y los que quieren traerlo al trono deben prescindir completamente de la cuestión de derecho y mendigar un voto de las Cortes. Por eso *La Epoca* deja a un lado la *cuestión de derecho*, porque transmitiéndose este con arreglo al principio de la legitimidad puramente familiar, y favoreciendo este principio a los carlistas, sería una falta de habilidad política el disputar un derecho a cuya posesión pueden llegar los conservadores tocando el himno de Riego. El caso es santarse en el trono. A la muerte de Fernando VII pudo convenir el meter ruido con la cuestión de derecho, hoy que los derechos están por los suelos y domina la revolución, es preciso mostrarse revolucionario todo el mundo incluso los reyes.

Con lo cual el diario alfonsoino espera que reine su candidato, que legalmente no ha sido excluido de la sucesión al trono. Esta observación, también de *La Epoca*, no es hábil, al contrario, la creemos completamente cándida. A estas alturas fijarse en si la ley ha excluido ó dejado de excluir del trono al príncipe Alfonso, equivale a soñar que puede venir a España monarca sin ruido, sin muchísimo ruido.

*La Epoca* explica, por último, lo que entiende por partido conservador, pero esto nada nos importa.

*La Patria* asegura que el regente ha visto con profundo sentimiento la conducta seguida por el Sr. Becerra en la cuestión del Tribunal de Cuentas y del proyecto constitucional para Puerto-Rico.

El regente, según *La Patria*, ha manifestado su disgusto al general Prim y al señor Rivero, y respecto al Sr. Becerra ha observado una actitud que hubiera sido suficiente para que este se retirara del ministerio.

*La Patria* dice que si *El Imparcial* duda de sus afirmaciones le dará más minuciosos detalles.

¿Cuánto va a que se arma por causa de los cimbríos?

Advertimos a los electores de Segovia que la orden del gobernador de la provincia prohibiendo a los Curas párrocos, como autoridades, que intervengan en las elecciones, ha sido derogada por el ministro de la Gobernación.

De consiguiente, el Párroco que guste puede tomar parte en las elecciones sin temor a las iras del gobernador, que, a juzgar por las medidas que adopta, teme la derrota del Sr. De Blas, subsecretario de Estado.

Mucho deben de valer los carlistas cuando ya no solo los periódicos ministeriales y bulliciosos sino los de oposición hasta cierto punto y con pretensiones de formales y conservadores les dedican largos y numerosos sueltos. Nadie habla mucho de aquello que no teme ni espera; por consiguiente al ver hasta a la formalidad *Epoca* disgustos con palabras graves a los carlistas mudos, bien podemos pensar que les va temiendo de veras ó tal vez... esperando.

*La Epoca* con *Las Provincias* de Valencia reconocen en el artículo que tenemos a la vista que muchas personas, las clases conservadoras se pasan con armas y bagajes al campo católico-monárquico, desesperadas de alcanzar por otro camino el remedio necesario a los males que nos afligen.

Pero el periódico de los equilibrios cree que hacen mal esas clases conservadoras en apoyar al partido carlista. ¿Por qué?

Porque triunfante D. Carlos, según los «males que hoy lamentamos», pues un cambio político no basta para curar los que tienen «honda raíz en el estado moral y social de un pueblo».

Notemos aquí en primer lugar que los liberales dan ya por posible el triunfo de D. Carlos, el triunfo del partido que ayer todavía llamaban el partido muerto. En segundo lugar, debemos tomar nota de la confesión preciosa que en las palabras copiadas hace *La Epoca* los males de España no pueden remediarse con un cambio político; es necesario que el cambio sea moral y social, porque en el estado moral y social tienen su raíz.

¿Qué pueden, pues, esperar las clases conservadoras de los cambios liberales que apenas merecen el nombre de políticos?

El cambio social y moral solamente puede llevarlo a cabo D. Carlos que ha proclamado en su carta-manifiesto principios morales y sociales opuestos a los del liberalismo, los principios morales y sociales que en otro tiempo ampararon felizmente a las clases conservadoras y proporcionaron paz y bienestar al pueblo.

Lo que *La Epoca* añade respecto a lo que sucederá cuando D. Carlos haya triunfado, ni merece que nos detengamos a contestarlo, ni creemos que ningún lector haga de ello caso.

Según *El Tiempo*, se ha discutido con calor en cierto círculo sobre la aplicación del decreto mandando que se enseñe la Constitución en todas las escuelas públicas de primera enseñanza, por dudar algunos que en ellas se comprendan las de niñas. Quisiéramos conocer la opinión sobre la materia, no del Gobierno, sino de *La Epoca*, que cree posible en España el establecimiento de una situación que tuviese por base un Código semejante.

Parece que con el título de *Gibraltar* ha empezado a publicarse en Málaga un periódico que se propone el laudable fin de que se reincorpore Gibraltar a España. ¿Quién piensa en semejantes empresas en situaciones revolucionarias?

Los *Dos Reinos* de Valencia dá como cosa resuelta la desaparición de *Las Provincias*, que se publica también en dicha ciudad.

Las cartas de Nueva-York elogian la energía y actividad con que había procedido el capitán general de la isla de Cuba para descubrir al culpable de atentado contra unos súbditos americanos.

El gobernador de la Coruña parece que ha tenido que entregar a los tribunales a los individuos que representaban en aquella capital la asociación contra las quintas.

Escriben de Lisboa a *La Igualdad*, que la gran victoria obtenida en Mogadens sobre los carlo-

miguelistas, anunciada por el telégrafo, se redujo a la prisión de 28 ó 29 campesinos desarmados que se encontraron con los soldados portugueses lejos del grueso de la partida.

Insisten algunos periódicos en que los progresistas no cejan en su empeño de formar una situación completamente suya, descartando no solo a los unionistas, sino a los elementos democráticos en sus diferentes matices. Su sueño dorado de hace tiempo.

*La Patria* enumera los disgustos y rencillas que afligen a los hombres de la situación, velados estos días de placeres carnavalescos, para reaparecer muy en breve, quizá en la próxima semana. Entre tanto, asegura que Rivero y Becerra están disgustados y que esto puede ser fatal para el porvenir de la democracia española.

Dice *La Epoca* que ha visto cartas en que se decía que desde el 23 estaba en Burdeos el general Lersundi, no muy satisfecho de la situación política que se le había creado.

Algunas personas interesadas ruegan a *La Epoca* que llame la atención del señor alcalde primero sobre el pago del cupón de las obligaciones municipales correspondiente al 31 de Diciembre último y sobre la amortización de las mismas.

Los créditos adicionales propuestos por el Gobierno y aprobados por las Cortes con posterioridad a la presentación del presupuesto de gastos de 1869-70, ascienden a 9.373.380 rs., pero de tan considerable suma no se destina un solo céntimo a gastos reproductivos. Todos los aumentos son en el personal y material de los ministerios, figurando también la secretaría de la regencia por 252.000 rs.

Con este sistema, observa un periódico liberal, no quedarán muy satisfechos los contribuyentes. En cambio lo está el Sr. Figuerola; pero no es lo mismo.

Los contribuyentes saben ya por una triste experiencia lo que pueden esperar de los hacendistas y los Gobiernos revolucionarios.

Según un diario noticioso, lo que hay de cierto sobre la supresión de la dirección general del patrimonio, es que el director de este ramo, en el reglamento que ha redactado, propone la supresión de dicho cargo y la incorporación de este centro a la dirección de Propiedades y derechos del Estado.

Un periódico anuncia la conveniencia de que se dé a los sorteos de la lotería todas las garantías de legalidad haciéndolos con las más escrupulosas formalidades, sin sustitución de personas y en sitio espacioso donde pudiera presenciarse el acto quien quisiera.

La situación de Méjico se complica más cada día. Los últimos despachos recibidos por conducto de los Estados-Unidos suponen a Juárez resuelto a renunciar la presidencia de la república.

Hace notar un periódico que, lejos de introducirse economías en los presupuestos, como tan pomposamente se había ofrecido, cada vez que se reúne la comisión es, como sucedió el sábado, para aprobar varias adiciones al de gastos, y aun así tuvo que decidirse a desechar la mayor parte de las enmiendas presentadas al capítulo de construcción ó recomposición de carreteras, porque cada señor diputado reclama una para su pueblo.

Según dice *El Pueblo*, anteayer estuvo en el salón de conferencias de las Cortes el diputado electo Sr. Puig y Llagostera, y se dice que muchos diputados de la mayoría se opondrán a que tome asiento en la Asamblea por consecuencia del auto de prisión dictado a instancia del señor Figuerola.

Habiendo manifestado *El Tiempo* que por favorecer al candidato ministerial Sr. Moret, se había prometido a los electores de Ciudad-Real que no se exigiría por ahora el trimestre que debían abonar los contribuyentes, dice *La Epoca* que esto es de todo punto imposible, y que los electores pueden votar por quien quieran, seguros de que semejante gracia nadie puede otorgarla. Creemos que nuestros amigos de Ciudad-Real que han dado ya pruebas de dignidad e independencia, no han menester estas advertencias.

Según un diario de noticias, se ha dispuesto por el alcalde popular de Madrid, que en cumplimiento de la orden expedida por el ministerio de Fomento, en todas las escuelas públicas de esta capital se proceda inmediatamente al estudio del Código fundamental del Estado por los niños que a dichos colegios concurren.

Esta medida tiene tanto de ridícula como de lamentable: medida revolucionaria y está dicho todo.

Parece que ayer tarde se reunió la comisión de autorización de los proyectos de Gracia y Justicia, que tiene ya terminados los proyectos sobre interdicción, oficios enagenados y abolición de la pena de argolla.

¿Qué comen de proyectos?

*El Pueblo*, que da muestras de conocer a la unión liberal algo mejor que los progresistas, dice anoche que aquel partido, según todas las trazas, se dispone a probar fortuna, ahora con más ahínco que antes, por medio de ciertos trabajos de habilidad que le son característicos. La singular docilidad de los cimbríos, que son auxiliares suyos en el poder, digase lo que se quiera, es, a su juicio, un elemento de primer orden para semejantes fines y propósitos. No deja de haber algunos progresistas, añade, que comprenden el juego, y se preparan para una eventualidad.

¡Ojalá no acudan tarde!

Serán los menos.

Según el proyecto de ley general leído a las Cortes por el señor ministro de Ultramar, sobre concesión, construcción y explotación de cables telegráficos submarinos, se consideran como cables ó comunicaciones telegráficas submarinas en España ó sus provincias de Ultramar:

1.º Las líneas telegráficas interprovinciales que enlacen entre sí por cables submarinos provincias, islas ó territorios coloniales españoles.

2.º Las líneas telegráficas internacionales que relacionen Estados ó territorios extranjeros con la metrópoli, sus provincias, islas ó territorios ultramarinos.

Serán de primer orden los que partiendo de la metrópoli, terminen en América, Asia, África u Oceanía; y para los fines legales, los que partiendo de las provincias de Ultramar vayan al otro continente, y los que partiendo de las islas adyacentes terminen en América ó África.

Son de segundo orden: los que partiendo de las Antillas españolas terminen en las costas de la América del Sur, Estados-Unidos ó Méjico; los que unan las islas Filipinas con China y la India; y los que partiendo de Fernando Pó o sus

dependencias terminen en la costa de África, y los que haba el párrafo 1.º del art. 1.º

Los cables del servicio público serán considerados como obras de utilidad general, y como tales también y exentas de servidumbres las obras submarinas ó subterráneas y conservación de los cables.

Para las subastas de cables de primer orden se exigen el depósito previo del 2 por 100 del presupuesto y 1 por 100 para los cables de segunda.

Es posible que los prisioneros carlistas conducidos recientemente al presidio de Cartajena, sean trasladados al de Mahón, dándose por razón para ello los muchos detenidos que existen en el primero de dichos puntos. Sentiremos que nuestros amigos se vean de nuevo espuestos a las molestias de otro viaje, siempre sensible en su desgraciada situación.

Un periódico de Valencia ha oído decir que por disposición del Gobierno han pasado a situación de reemplazo quince oficiales del regimiento infantería Inmemorial del Rey y once del de Aragón, ámbos de guarnición en dicha plaza.

Burlando los anuncios de *El Imparcial*, han trascurrido dos ó tres días sin que publique la *Gaceta* el arreglo de gobernadores. Entretanto *La Correspondencia* continúa dando noticias y llevando y trayendo nombres propios. He aquí lo que sobre el particular nos cuenta anoche:

«En el Consejo de ayer parece que se varió algo la combinación de gobernadores.

—Dícese que siete de los gobernadores actuales vendrán a ocupar altos puestos en Madrid, entre ellos los Sres. Arderius, Gomez Diez, Mora y Massa y Sanguinetti.

—Los diputados de la Coruña gestionan activamente para que no lleven a otra provincia al gobernador de aquella Sr. Castillo. Este es esperado en Madrid de un día á otro llamado por el Sr. Rivero.

—Dícese que el Sr. Aguilera y Velasco, abogado del colegio de Madrid y cesante del ramo de Hacienda, ha sido nombrado gobernador civil de Ciudad-Real.

—En Pontevedra continuará de gobernador el Sr. Manzanera.

—Al fin el gobernador de Barcelona, Sr. Iglesias, no queda cesante, sino que pasa a la Coruña; el Sr. Castillo á Zaragoza, y el Sr. Loma á Barcelona. El Sr. Somoza pasa á Málaga, y el Sr. Rios Portilla va á Valencia.

Noticias tomadas de los periódicos de ayer:

«El sábado se formulará en las Cortes una pregunta á la comisión que entiende en la cuestión relativa al Sr. Ruiz Pons.

—El Sr. Fernandez Martín ha sido nombrado bibliotecario de las Cortes y á sus órdenes ha sido nombrado auxiliar con 12.800 rs. el Sr. Calvo Asensio, aspirante con 10.000 que era en la secretaría.

—La reunión de los diputados valencianos celebrada esta tarde ha tenido por objeto ponerse de acuerdo para pedir clemencia á favor de un sargento sometido á la severidad de la ordenanza por un artículo que ha publicado en un periódico de aquella capital.

—Se ha concedido la gran Cruz de Carlos III al gobernador de Cádiz Sr. Somoza.

—D. Francisco Soliveres, agregado de número en comisión en Washington, ha sido declarado cesante, pasando á ocupar esta plaza don Casimiro Franquelo.

—La interpelación que explanarán el sábado los diputados republicanos, será sostenida por los Sres. Castelar, Pi y Suñer.

—Hoy ha quedado establecido el hilo telegráfico entre el despacho del jefe de orden público del ministerio de la Gobernación y el gobierno de provincia.

—Esta mañana ha salido el general Prim con los Sres. Milans, Herreros de Tejada, los embajadores Sres. Merleier y Karnick y el Sr. Silveira, á la posesión que este señor posee en Toledo. Mañana por la noche regresarán á Madrid.

—D. Francisco Gomez Jara, agregado de número de la embajada de España en Roma, ha sido declarado cesante, pasando á ocupar este puesto D. José Espelius y Matienzo, agregado de número en Viena.

—Ha sido declarado en situación de reemplazo el comandante de la comisión de reserva de caballería de Valencia D. Leoncio Lillo.

—Continúa el movimiento militar. Anoche nos dice *La Correspondencia* que el batallón cazadores de Reus ha reemplazado en la guarnición de esta capital al de Barcelona, que marchó á Burgos. Además se ha dispuesto que por el parque de artillería de Madrid se entreguen 240 paquetes de cartuchos al alcalde de Miguelurra (Ciudad-Real) con destino á los voluntarios de la libertad.

Recibimos cartas de la provincia de Burgos denunciándonos el escandaloso atraso con que se paga á los maestros de primeras letras y la enorme contribución personal que se impone a los señores Curas párrocos.

Pero no es esto sólo, sino que la contribución se impone en consideración de sueldo ó haber que tiene designado el Párroco, y á pesar de que este no lo cobra hace ocho ó diez meses, se le obliga a pagar el impuesto como si cobrara al corriente su asignación. Esto parece ya un escarnio.

Ahora que estamos en víspera de elecciones, parecemos oportuno recordar á nuestros amigos que según los artículos 10 y 11 del decreto-ley sobre sufragio universal, los militares para ejercitar el derecho electoral, han de llevar dos meses de *continuada residencia* en el punto en que hayan de votar, y ser mayores de 25 años; previniendo el art. 11 que ocho días antes de la elección, deben estar en poder de los respectivos alcaldes las listas de los militares electores. Lo mismo manda la orden del ministerio de la Guerra de 14 de Diciembre de 1868.

La *Gaceta* de hoy no contiene ninguna disposición de interés general.

## CORREO DE HOY.

Ya saben nuestros lectores que el Padre Graty y el Canónigo Doellinger, campeones del partido católico-liberal en Francia el primero, en Alemania el segundo, han publicado cartas y folletos sobre el Concilio, declarando contra la infalibilidad y cayendo en excesos vituperables. El Canónigo Doellinger ha sido reprendido por los Obispos alemanes; hoy el P. Graty es condenado por un Obispo francés.

Con ciertos hombres del partido católico-liberal no son posibles contemplaciones, porque más parecen herejes que católicos,

y es difícil que se den á razón. Buen ejemplo es el desdichado P. Jacinto.

El señor Obispo de Strasburgo ha dirigido desde Roma una pastoral al Clero y fieles de su diócesis, condenando los dos folletos ó cartas que ha escrito el P. Graty con el título de «*El señor Obispo de Orleans y el señor Arzobispo de Malinas*».

La parte dispositiva de la pastoral del ilustre Obispo dice así:

«Por estas razones, después de invocado el santo nombre de Dios:

Artículo 1.º Hemos condenado y condenamos las dos mencionadas cartas, porque contienen proposiciones falsas, escandalosas, injuriosas para la santa Iglesia romana, que abren el camino á errores ya condenados por los Sumos Pontífices, temerarias y que tienen sabor herético.

2.º Prohibimos, bajo las penas canónicas, al Clero y fieles de nuestra diócesis que lean, den ó conserven dichas cartas.

3.º Extendemos la misma prohibición á todos los escritos que publique el mismo autor en lo sucesivo en materias teológicas, á no ser que tengan la licencia canónica.

Dado en Roma, fuera de la Puerta Flaminia, el 19 de Febrero de 1870.—ANDRÉS, Obispo de Strasburgo.

La presente carta será leída en el púlpito en nuestra iglesia catedral y en las demás iglesias de las diócesis donde los Párrocos lo crean útil y oportuno.

El Padre Graty acaba de publicar su tercera carta, que según dicen es como las anteriores.

Buen modo de enmendarse. Veremos si le hace mella la condenación del Obispo de Strasburgo. Dios lo quiera.

Dice una carta de Roma que publica el *Univers*:

«Hace algunos días corre por aquí una frase pronunciada, según se asegura, por un Obispo francés muy conocido, y uno de los más ardientemente opuestos á la definición de la infalibilidad. No sé si la frase es auténtica, se asegura, y ha producido alguna sensación. El Prelado ha dicho: «Tenemos que ceder, porque es evidente que el Papa no está con nosotros; yo ya no tengo esperanza.»

Un hecho positivo es que muchos Padres están llenos de alegría: se comienza á ver una aurora.

Sin duda habrá agitación y turbación, y los *Janus* de acá y de allá del Rhin han tenido el gusto de hacer públicos sus escándalos. Después de todo, ¿hay motivo de asustarse tanto? La inquietud y la extrañeza, ¿no probarán debilidad en la fe?

En los periódicos extranjeros hallamos los siguientes despachos:

MARSELLA, 24.—El paquebote *América* trae las siguientes noticias de Constantinopla:

«Los armenios separatistas han abierto iglesias: han nombrado Obispos y Vicarios. La Puerta les excita á esperar la decisión de Roma relativa al Patriarca Hassoun.»

CONSTANTINOPLE, 26.—Los armenios disidentes se han reunido para ponerse de acuerdo sobre la conducta que deben seguir con motivo de la llegada de monseñor Plurm, delegado del Papa, y del telegrama de monseñor Barnabo.

El Patriarca Hassoun ha resuelto persistir en su declaración del 6 de Febrero, que mantiene las prerrogativas de la Iglesia armenia, y los deberes de la comunión para con la Puerta.

*El Times* ha dicho que monseñor Hallathorne, Obispo de Birmingham, había firmado la petición contra la infalibilidad, dando á entender al mismo tiempo que este Prelado era afecto á las doctrinas galicanas, y estaba pesaroso por la marcha del Concilio con otras cosas á este tenor. El venerable Prelado se ha visto en el caso de dirigir una carta al *Times* y en ella hace las declaraciones siguientes:

«1.º Yo no soy galicano: 2.º yo no pertenezco á ningún partido extraño al Concilio, ni que tenga relación con él: 3.º yo no he firmado ningún documento de ninguna persona ni de ningún partido: 4.º yo no pienso retirarme del Concilio en ningún caso, y no conozco á nadie que piense hacerlo: 5.º finalmente, yo estoy completamente satisfecho del estado y de la marcha de las cosas del Concilio del Vaticano.»

En nombre de la justicia os ruego que publiquéis estas líneas.—El Obispo de Birmingham.

*El Norte* de Girona publica el manifiesto que el candidato carlista de aquella circunscripción, el digno Presbítero D. Juan Planas, dirige á los electores.

Hemos recibido *La Nacionalidad*, periódico católico-monárquico que ha empezado á publicarse en Orense, y le damos la más cordial bienvenida.

*La Atalaya de Ciudad-Real*, nuevo campeón de la buena causa, publica en su primer número un manifiesto de la Junta provincial católico-monárquica de dicha ciudad, recomendando á los electores la candidatura de nuestro amigo don Federico Salido.

## ÚLTIMA HORA.

### TELEGRAMAS.

(De la Agencia Fabra).

París, 1.º de Marzo.—Asegúrase que se ha descubierto en Buckarest una conspiración, teniendo por objeto el asesinato del príncipe Carlos de Rumania.

Londres, 1.º de Marzo.—Un vapor inglés ha chocado en las aguas de Yokoma con una corbeta de guerra de los Estados Unidos, la cual se ha ido á pique, pereciendo ahogados los 120 hombres de su tripulación.

### BOLSA DE HOY.

Títulos del 3 por 100 consolidado, publicado, 23-30, 25 y 15, pequeños, 23-50, 24-30 y 23-65; á plazo, 23-20, fin prox. fir.

Títulos del 3 por 100, procedentes del diferido, publicado, 22-90 y 80.

Títulos del 3 por 100 consolidado exterior, publicado, 23-40.

Billetes hipotecarios del Banco de España, 1.ª serie, publicado, 99-50.

Idem, id., de la 2.ª serie, publicado, 91-75.

Bonos del Tesoro, de 2.000 rs., 6 por 100 interés anual, publicado, 60-80, 75, 60-00 y 60-30; no publicado, 60-20; á plazo, 60-60, fin cor. vol.



El Correo Militar se lamenta del lastimoso estado en que se encuentran los retirados del ejército, y ruega encarecidamente que se les saque de él. La Andadura de Sevilla dice que los de aquella ciudad emigran á Madrid, donde se paga puntualmente á las clases pasivas. Aquí tiene El Imparcial, tan dado á la estadística, otro dato preciso sobre el aumento de población en esta capital.

Por orden del ministro de Marina, de 17 de Febrero último, se dispone que todos los individuos de dicho ramo, que tienen consignados sus haberes en cualquiera de las Gajas de Ultramar, y que residen en los puntos en que respectivamente los perciben, los cobrarán desde 1.º de Enero de este año con arreglo á lo que les corresponda en la Península.

## VARIEDADES.

### UNA NOCHE DE CARNAVAL.

No me gusta el carnaval: si en mi mano estuviera, lo suprimiría con tanto gusto como D. Juan Prim los manifestos y discursos escritos ó parlados por el conde de Reus en los dos años y un día anteriores á la gloriosa revolución de Setiembre; y lo suprimiría de raíz para que no retoñase como lo hace la maldad contribución de consumos, abolida con grande aparato y á la luz de las hogueras alimentadas con las puertas de los guarda-ídem cada vez que suben al poder los progresistas, y restablecida antes de que bajen, que no suelen tardar mucho.

Ma ya que no pueda lograr mi deseo y borrar del calendario estos días de bullicio y antifaces, procuro aprovecharme de ellos, ni más ni menos que del muerto carlismo y de las quintas odiosas y de la inmoral contribución de consumos se aprovecha el ministerio.

Con este objeto preparábame á ir en compañía de algunos amigos al Prado, donde pueden distinguirse todavía entre muchos disfraces liberales algunos de los inocentes juegos de nuestros mayores y ver algo que recuerde sus costumbres; pero hacía las once de la mañana el cielo, que desde el amanecer estaba triste y nebuloso, comenzó á llover una agua tan fina y abundante, que agotó nuestro proyecto y otros varios que desde muchos días se habían ideado.

No pudiendo ir al Prado, quise ir á una iglesia y la encontré cerrada.

Pastidiado de no saber qué hacer, y mohino como aquel á quien se le frustran sus planes, me puse á revolver periódicos, leyendo desde el título hasta los anuncios de las funciones de teatro.

En este último punto hallé lo que buscaba; por suponiendo que la lluvia no impediría las mascaradas bajo cubierto como las había estorbado al aire libre, y en dichos anuncios un medio de quitarme aquella somnolencia que me dominaba, y un lugar en donde pasar la noche divertido é instruyéndome.

Tomé mi bufanda, mis chancos y mi paraguas, y á pie, como un rey democrático cualquiera, me dirigí al punto que entre tantos como había visto anunciados creí más conforme á mis gustos, y á mis propósitos más acomodado.

Lo que vi en las calles por donde pasé, no debo decirlo; porque si los lectores lo vieron, excusado es que se lo diga; y si no lo vieron, mejor es que continúen ignorándolo.

Para hacerme cargo de la condición de las gentes con las cuales iba á compartir amigablemente, me detuve á algunos pasos de la puerta, desde donde podía ver sin ser visto, porque la sombra de un árbol impedía que la luz del farol me diese en el rostro.

Acercóseme un viejo que llevaba colgado al cuello á manera de pesado amuleto un cajón con media docena de cajitas de fósforos.

—Una cajita de fósforos, caballero? me dijo alargándomela.

La tomé y le di dos reales.

—Bendita sea la madre que le ha parido para socorrer á este pobre anciano! exclamó al ver la picecita de plata.

—¿Tan pobre es Vd., ahuelito?

—Dos cajas de fósforos he vendido en todo el santo día de Dios, ganando un cuarto en cada una.

—Mal comercio ha tomado Vd.

—Señor, no es comercio lo que hago; es un modo simulado de pedir limosna, único que se permite emplear en esta corte, en donde antes todos los males hallaban alivio.

—¿Usted es hijo de Madrid?

—Para servir á Vd., caballero; y conozco todas sus calles y casi podría decir todas las casas de sus antiguos vecinos.

—¿De quién es aquel coche? ¿quién el que baja de él?

—Ah, señor! El papá de ese caballero era muy caritativo, muy honrado: el hijo... ya lo vé usted; mire Vd. qué compañía lleva. Si su señora madre le viese, se avergonzaría de haberlo criado.

—¿Y aquel que llega ahora?

—Ese es el hijo de mis antiguos amos. En su casa jamás se despedía á ningún criado que fuese hombre de bien. Sus padres no cometieron otro pecado que educar á su hijo á la usanza moderna; pero bien caro lo pagaron, pues creo que murieron de pena y para no presenciar males que no podían remediar. En cuanto el último de ellos cerró los ojos, todos los antiguos servidores fuimos despedidos.

—¿Para introducir economías en el orden de la casa?

—No señor, muy al contrario. Un patrimonio que bastaba para mantener un centenar de pobres, un convento, el culto de una iglesia y mucho más, todo acabó de desaparecer en manos del nuevo amo.

El fosforero hubiera seguido contándose muchas historias, si yo no le hubiese dejado para entrar con los demás en el salón.

Casi todas las personas que allí encontré pertenecían á la antigua nobleza y á las primeras clases sociales, habiendo oído pronunciar á media voz algunos de nuestros grandes nombres históricos cuando pasaban por junto á mí ciertos mascarados vestidos de arlequín ó de majo. Muchos asistían sin disfraz, y se conocía que solamente habían ido por compromiso.

Extrañé el aire de tristeza, de asombro y de miedo que dominaban en la reunión. Algunos grupos hablaban en secreto y con visible sobresalto. Cualquiera hubiese creído que se temía una catástrofe y el caso en efecto era grave.

Una mascarada de gente desconocida había despojado con fútiles pretextos los altares de una iglesia, y se dirigía á la casa en que estábamos. ¿Qué se debía hacer? Eso es lo que discutían las personas formales. Alguna propuso que se les cerraran las puertas; pero la mayoría opinó lo contrario. Cerca de un grupo en donde la discusión era más animada, pude oír bien las siguientes palabras:

—Ahora es todavía tiempo de defendernos, bastando cerrar las puertas.

—Así les daremos pretexto para hacer una barbaridad: mejor es que les recibamos como amigos.

—Nos despojarán de lo que es nuestro.

—No hay peligro.

—Han incendiado tal iglesia, apoderándose de tal convento.

—Por lo mismo no debemos temer nosotros: en primer lugar están ya satisfechos y en segundo no somos sacerdotes.

Prevalió el parecer de los últimos, parecer dictado por la cobardía y por el egoísmo. A poco rato llegó la temida mascarada.

Los individuos que la componían no indicaban nobleza en sus trajes ni en sus maneras.

Sin embargo de su osadía, conocíase que no estaban seguros de poder llevar á cabo sus proyectos; y aun tengo para mí que si alguno de los nobles hubiese desenvainado la espada, los nuevamente entrados habrían retrocedido. Pero todos los nobles se mantuvieron quietos.

Entonces uno de los últimos mascarados á quien nadie conocía se subió á una mesa, y mezclando tristes verdades con cínicas mentiras, pronunció un largo discurso sobre no sé qué igualdad que debe establecerse entre los hombres.

Yo creía que no le dejarían concluir, ó que en cuanto acabase arrojarían al orador y á sus compañeros fuera del salón y de la casa; pero con sorpresa vi que nadie contradecía.

Algunos de los primeros personajes se mezclaron é hicieron partido con los nuevos. Yo mismo vi con mis ojos á una señora de las más encopetadas servirles dulces con su mano y alumbrarles como si fuera su criada: los demás se retiraron á los ángulos del salón, atreviéndose apenas los más valientes á murmurar en voz baja contra aquella invasión y á maldecir en su interior la primera concurrencia.

Yo lo observaba todo, maravillándome tanto de la avilantez de los unos como de la cobardía de los otros.

Esta primera victoria, alcanzada sin pelear por los advenedizos, les alentó para poner en práctica lo que el orador había dicho.

En un instante se hicieron todos duques, condes, marqueses y generales. Vi uno que sacando del bolso un tercer bordado de oro, se puso el tercer entorchado, quedando reconocido por todos como verdadero capitán general.

—Eso poco importa, si el día desde el rincón en que se había escondido un marqués y general antiguo.

Pero mucho le importó bien pronto.

Porque los nuevos, cada vez más osados, comenzaron á mandar en el salón como si fueran los amos de la casa.

Quisieron hacer una especie de rey, y después de muchos dimes y diretes, remolones y amenazas, eligieron al más bobalicon de entre ellos para que no se opusiera á las empresas que intentaban. El más atrevido de todos se intituló presidente del Consejo, y con este título daba órdenes y las retiraba, absolvía y mandaba fusilar como de algunos antiguos señores de hórca y cuchillo nos cuentan las novelas.

A sus amigos les repartió ministerios y embajadas.

Pero como todos pedían á gritos altos empleos, y había necesidad de contentar á todos, el presidente debió adoptar el partido de aumentar los títulos antiguos en términos que todos fueron señores, ninguno súbdito, todos jefes y ninguno soldado.

¿Cómo podré yo decir lo que siguió á estos primeros actos de la mascarada?

Almuerzo y á título había de seguir necesariamente la paga para que la representación fuese completa: cabalmente si ambicionaban el título era solo por la paga. Pidiéronla en efecto. Aquí fueron los apuros del presidente y del que fingía ser ministro de Hacienda.

Primeramente mandó intimarse en nombre de la nación de una gran parte de los bienes de las iglesias y de los dotes de las monjas. «Estas no se resistirán», decía. Y los nobles y los ricos murmuraban en voz baja: «mientras despojan á las iglesias y á las monjas, nosotros nos salvamos.» Pero los bienes eclesiásticos fueron insuficientes para contentar á todos los que ambicionaban en una noche hacerse de pobres ricos.

«Vengan también los bienes de la instrucción pública», añadió el que como Jefe de la compañía, llevaba el bolsillo; pero tampoco bastaron. «Que se incauten de los bienes de la beneficencia, de los de propios, de los de depósitos confesionales del Gobierno, de los recursos de los pueblos...» iba diciendo el sábio hacendista á cada nueva noticia de que se había acabado el dinero quedando sin cobrar algunos de aquellos sus íntimos amigos.

Y los nobles y los ricos que temblaban oyendo la fatídica palabra de «no hay dinero», volvían á respirar con satisfacción al oír que los mascarados recurrían á la riqueza sagrada de clérigos, mujeres y menores.

Al fin estos se acabaron. Entonces el que representaba á Judas, por la gran bolsa, acercándose á los nobles y á los ricos, les dirigió una mirada maligna que á mí parecer significaba: «señores, contribuyamos todos á costear la función y seamos amigos.» Los nobles y los ricos bajaron los ojos en señal de vergonzoso asentimiento.

Los jefes de la mascarada hablaron en secreto. Yo me acerqué cuanto pude para saber lo que decían, pero solo entendí lo siguiente:

—Pagarán sin resistir si les guardamos alguna consideración en la forma.

—Llamaremos contribución al pago para no herir su amor propio.

Y en seguida, señalando una contribución enorme, pasaron á cobrarla acompañados de una respetable fuerza.

Nadie, en efecto, se resistió á pagar. A alguno de los nobles vi, que no teniendo dinero, daba el retrato de sus abuelos. ¿Qué dolor y qué vergüenza!

En esto se oyó en la calle un ruido como de muchedumbre desordenada; era un ruido semejante al que se oyó al venir la primera mascarada, pero más fuerte y más numeroso.

¡Ah! una mascarada inmensa, frenética, venía á repetir lo que había hecho la primera.

Todos los rostros se pusieron lívidos; los nobles y ricos antiguos y los modernos temblaron igualmente.

Uno abrió una ventana para arrojarla á la calle... Afortunadamente la aurora comenzaba ya á teñir el cielo con su brillante púrpura; y á los primeros rayos del sol la muchedumbre huyó avergonzada y confusa.

Algunos de los nobles antiguos recordándose del pasado espanto y obligados por la necesidad que llegaba al último extremo, pusieron la mano en el puño de sus espadas en actitud de defenderse.

Los advenedizos huyeron á todo correr cada uno por su lado, contentos de poder llevar lo que habían cogido durante la mascarada. Yo salí también bendiciendo al sol que ponía término á una noche tan horrible, y haciendo propósito de odiar en adelante todas estas funciones de mascaradas.

En la calle hallé otra vez al viejo fosforero, el cual se me acercó preguntándome si me había sucedido algun percance.

—No, le dije, pero qué noche, Dios mío!

—Peor será la que sigue, respondió él.

—¿Cómo!

—Sí, señor, las turbas han sabido el buen éxito alcanzado por la primera mascarada y están resueltos á imitar el ejemplo que se les ha dado.

—Entonces no quedará nada; ni propiedad, ni comercio....

—Nada, señor, nada. España va á ser un gran sepulcro ó un montón de ruinas.

—Y ¿no habrá medio de evitarlo?

—Solo hay uno, señor. Hacer entender á toda el mundo la falsedad de los principios nuevamente proclamados, y condenar clara y valerosamente lo que se ha hecho conforme á ellos, devolviendo la autoridad y el respeto que merecen, á los principios cristianos.

Di otra limosna al buen viejo y me retiré á casa cansado, molido y confuso, por cuanto había visto y oído.

Hasta me olvidé de que debía escribir un artículo para el periódico. Cuando ha venido el mozo de la redacción á buscar el original, no he tenido tiempo sino para borrar estas cuartillas. Creo que me servirá de mucho la lección desta noche: acaso su narración podrá ser también de alguna utilidad á los lectores.

## NOTICIAS GENERALES.

**La Caja de Depósitos satisfará el día de mañana los intereses por depósitos en metálico y efectos públicos depositados en la misma, cuyas carpetas de señalamiento lleven los números del 2,501 al 2,550 respecto á los primeros, y del 712 al 733 á los segundos.**

**El día 2 de Marzo satisfará la tesorería central de la Hacienda pública el cupon vencido en 31 de Diciembre último, cuyas carpetas se hallen señaladas con los números 973 al 1,003, así como los bonos del Tesoro amortizados en 30 de Diciembre último, cuyas carpetas lleven los números 117 al 124.**

**El alcalde de esta villa ha publicado dos bandos, el uno recordando las prescripciones de las ordenanzas municipales para proteger la agricultura, y el otro sobre el modo y tiempo en que se permiten la caza y pesca.**

**Ha fallecido en Talavera de la Reina, á la edad de 77 años, D. Julian Calleja é Iruela, doctor en ambos derechos, del gremio y claustro de la Universidad de Alcalá de Henares, en la que fué graduado en 1818. Era uno de los doctores más antiguos del claustro de aquella Universidad.**

Hombre de bien, recto magistrado y católico y carlista consecuente, mereció ser postergado y perseguido por no transigir jamás con el sistema liberal.

Suplicamos á nuestros lectores que rueguen á Dios por el alma del Sr. Calleja.—R. I. P.

## PARTE RELIGIOSA.

**SANTOS DE HOY. El Santo Angel de la Guarda y San Rosendo.**

**SANTO DE MAÑANA. Miércoles de Ceniza: San Lucio, Obispo.—Hoy principian los ayunos de Cuaresma. No puede comerse de carne.**

**CULTOS.**  
Se gema el Jubileo de Cuarenta Horas en el iglesia del hospital de Italianos, donde se celebrará al Santo Cristo del Divino Amor con Misa mayor y sermón que predicará D. Cipriano Toros, y por la tarde en los ejercicios dirá el sermón D. Ciriano Cruz.

**VISITA DE LA CORTE DE MARÍA.** Nuestra Señora de las Maravillas, la de la Providencia en Capuchinos ó la de Pópulo en San Justo.

## PUNTOS DE SUSCRICION

EN PROVINCIAS

## A EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Agramunt, D. Antonio Sanuy.—Alcoy, D. José Martí.—Algeciras, D. Rafael de Muro.—Alicante, D. José Marcili.—Alhama, D. Antonio María Espejo.—Almendralejo, D. Juan Álvarez Feijóo.—Almería, D. Mariano Álvarez.—Aranda de Duero, D. Agustín Olalla.—Arévalo, D. J. Antonio Gómez.—Astorga, D. José Martínez Bailina.—Avila, viuda de D. C. Sánchez, Santiago, núm. 6 y D. Mariano Gareña.—Barbastro, D. Gerónimo Corrales y D. Mariano Pujol España.—Barcelona, viuda de D. Jaime Subirana Benavente, D. Eusebio Fidalgo Bermejo.—Berga, D. Ramon Pujol.—Betanzos, D. José María García.—Bilbao, D. Tiburcio Astuy, A. Empe-

rail, hijo mayor de Delmas.—Burgos de Osmá, don Juan Martirén.—Burgos, Viuda de Villanueva, D. Calixto Avila y D. Santiago R. Alonso.—Cádiz, D. Manuel Morillas y Verdugo y compañía.—Calahorra, D. Crescencio Lumbrales.—Calatayud, D. Mariano Martínez Aínsa.—Cardona, D. Pedro Llambés.—Carrión, D. Laureano Fernández Merino.—Cartagena, D. Benito Moreno García.—Castellón de la Plana, D. Antonio Llorens y Gascó y Rovira hermanos.—Cieza, D. Juan M. Marin.—Ciudad-Real, viuda de Gallego y D. Cayetano C. Rubisco.—Ciudad-Rodrigo, D. Salomé M. Perez.—Comillas, don Ramon Fernandez.—Córdoba, D. Manuel García Lovera.—Coruña, D. José de Lago, Luchana, núm. 20.—Coria, D. Joaquín Echavarrri.—Cuenca, D. Manuel Mariana.—Durango, D. Francisco de Oñate.—Estella, D. Melchor Zanzarren.—Ferrol, D. Nicasio Taxonera.—Gandia, D. Agustín Alberio.—Gerona, D. Francisco Palahi.—Gijón, D. Lorenzo M. Diez.—Granada, viuda de hijos de Zamora.—Gruas, D. José Labrid.—Guadix, D. José de Castro.—Guernica, D. Nicolás Iturbe.—Guadalajara, D. Juan Gualberto Notario.—Haro, D. José López Ayala.—Hijar, D. Pedro Pablo Dosset.—Huesca, D. Jacobo M. Perez.—Jaén, D. Manuel Sagrista.—Jaca, D. Francisco Bueno.—Jerez de la Frontera, D. José Bueno.—La Guardia de Alara, D. Celestino Lapaspante.—Lebrija, D. Francisco J. Salazar.—Lérida, D. Francisco Fontanals.—Leon, Miñon hermanos.—Lerma, D. Anselmo Merino.—Logroño, D. Domingo Ruiz.—Lugo, viuda de Pujol y hermano, y D. Rosendo Sanchez.—Málaga, D. Francisco Moya.—Manresa, D. Antonio Soler.—Medina del Campo, D. Juan Herrero Velayos.—Montilla, D. Antonio Conde.—Mondónedo, viuda de Delgado.—Morella, don Salvador Rocafort.—Morón, D. Francisco Gil Montes.—Nájera, D. Eusebio Carrasco.—Onteniente, D. José María Caballero.—Orduña, don Perfecto J. Breton.—Orense, D. J. Ramon Perez y D. Nemesio Perez.—Ortuela, D. José Martínez Alvarez.—Oviedo, D. Ramon Caselles y don Rafael Fernandez.—Osorno, don Ventura Pereda.—Oviti, D. José Sala.—Padron, D. José María Seoane.—Palencia, D. Eleuterio Rincon, don Luis Ramos, D. Elias Heredia y D. Alonso Rodriguez.—Palma, don Felipe Guasp y don José García.—Pontevedra, don Augusto Escarpizo de Lorenzana y Antunez y compañía.—Pamplona, don José Labastida Erasun y don Regino Bescansa.—Plasencia, don Isidro Pis.—Puentearcas, D. Domingo Antonio Gonzalez.—Potes, D. Francisco Ruiz.—Puente la Reina, D. Luis Aranequi.—Ponferrada, D. Dietino Alonso.—Reus, Sres. Cami y Molner.—Rúa de Valdeorras, D. Agustín Rodriguez.—Salamanca, señoras hijas de Blanco y don Federico Calama.—Sanlúcar, D. Onocencio de Oña.—San Sebastian, D. Ignacio Ramon Baroja.—San Mateo, D. Juan Bautista Vilagrasa.—Santander, D. Manuel María Ramon.—Santiago, D. Bernardo Escribano.—Santo Domingo de la Calzada, D. Eulogio Regidor.—Segorbe, don José Bayo.—Segovia, D. Eugenio Alejandro.—Sevilla, hijos de Fe y Compañía y E. Hidalgo y Compañía.—Sigüenza, D. Justo Relafio.—Seo de Urgel, D. Antonio Campañó.—Sisante, D. Pedro Blanco Alvarez.—Solsona, D. Pedro Sant.—Soria, D. Francisco Perez Rioja.—Sort, D. Pedro Pujol.—Tafalla, D. Pedro Rodriguez.—Talavera, D. Angel Sanchez de Castro.—Tarazona, D. Gregorio Frances.—Tarragona, don Baldomero Vilanova y Parnés.—Tárraga, D. Ramon Canal.—Toledo, don Severiano Lopez Fando.—Torrel, D. Joaquín Abad y D. Domingo Fuentes.—Torre de los Guzmanes, D. Luis Perez Fuentes.—Toro, D. Alejandro R. Tejedor.—Trempe, D. Ambrosio Perez.—Trujillo, don Antonio Gomez Holguin.—Tudela, D. Ramon de Lizaso.—Tuy, D. J. Nolasco Rodriguez.—Tortosa, D. Andrés Escribá, presbítero.—Valencia, sucesores de Badal y D. Juan Mariana Sanz.—Valladolid, Sres. hijos de Rodriguez, D. J. Nuevo y D. Juan de la Cuesta.—Viana, D. Manuel Navarro.—Vich, D. Ramon Anglada y Pujol.—Vigo, D. José Hubert.—Villanueva, D. Pedro Montiel.—Vinaros, don José Oliver.—Vitoria, D. Bernardino Robles y don José Sarasqueta.—Vivero, D. Fidel Salgado Noguerol.—Zafra, D. Gregorio Muro.—Zamora, J. de Prada Lima, Carbacha, 18.—Zaragoza, Señora viuda de Heredia y Comin y compañía.

## NOTA IMPORTANTE.

La administración de EL PENSAMIENTO no responde del importe de las suscripciones que se hagan por medio de libreros ó comisionados de provincias que no estén comprendidos en la nota precedente.

## OTRA.

Se advierte que han dejado de ser comisionados: D. Manuel Sauri, de Barcelona.—D. Bernardino Rodriguez del Valle, de Avilés.—D. Eduardo García, de Tarragona.—D. José Reig de Peraltá, Olot.—D. Fabian Hernandez, Santander.—D. Miguel Oliver de Jaca.—D. Juan Colomer de Palma, y D. Martín Masistegui de Castellón.

# SECCION DE ANUNCIOS.

## DENTITION DE LOS NIÑOS.

El Dr. Delabarre, caballero de la Legion de Honor, médico del hospital de buénanos de París, premiado con una medalla de oro, ayuda la salida de los dientes á los niños y evita las convulsiones y demás accidentes que generalmente son su causa. Le recomendamos muy particularmente á todas las madres de familia. Precio, 16 rs. Madrid: Borrell hermanos, Escolar, Moreno Miguel y Sanchez Ocaña.—La Agencia franco-española, 34, calle del Sordo, sirve los pedidos. En provincias sus depositarios. (A. 2.864.)

## PASTA PECTORAL FONTAINE

Infalible contra la tos, asma, catarro, bronquitis y pneumonia, la caja 8 rs.

## CONTRA LAS ENFERMEADES DE LA PIEL

El bote 10 rs.

Reputada soberana por los mas celebres medicos de Europa.

DE ZARZAPARRILLA ALCALINA

TARIN, S. Farmacéutico

Externo de los Hospitales

PARIS, PLACE DES PETITES-PÈRES, N.º 9.

Depurativo refrescante superior á toda otra esencia de zarzaparrilla para las afecciones de la sangre, el frasco 24 rs.

Esencia de zarzaparrilla yodurada, el frasco 24 rs.

Sal vegetal, purgante refrescante, la caja 6 rs.—Vendese en todas las farmacias.

—Depositos en Madrid, S. S. Moreno Miguel, Borrell her, Sanchez Ocaña.—Escorial y Ortega. La Agencia franco española, 31 calle de Baldrich sirve los pedidos; en provincia, sus depositarios.

## SILIO MARCIO,

EPISODIO

## DE LOS PRIMEROS SIGLOS DEL CRISTIANISMO,

DE MANUEL TROYANO Y RISCOS.

Esta preciosa novela de 165 páginas, escrita expresamente para EL PENSAMIENTO ESPAÑOL y publicada con aceptación general en nuestro folletín, se vende en Madrid á CUATRO reales vellón, y para provincias franca de porte á CINCO.

El autor cede el producto líquido de esta novela, despues de cubierto el coste de impresion, á favor de Nuestro Santísimo Padre Pio IX para los gastos que le ocasione la celebracion del próximo Concilio general.

Los pedidos se harán á la Administracion de EL PENSAMIENTO acompañando el importe, sin cuyo requisito no se servirá.

## ALTAR Y TRONO,

REVISTA HISPANO-AMERICANA,

REDACTADA POR LOS MAS CONOCIDOS ESCRITORES CATÓLICO-MONÁRQUICOS, Y DIRIGIDA POR LOS SEÑORES

D. A. J. DE VILDOZOLA Y D. VALENTIN GOMEZ.

Cada número consta de 24 páginas en folio á dos columnas, de letra compacta y clara, con excelente papel y esmerada impresion. Es una especie de enciclopedia, en la que se encuentran tratadas con el detenimiento que su importancia requiere, con el calor que á la controversia acompaña, y con la energía que va siempre unida á la convicción, todas esas cuestiones que en nuestro siglo agitan á la sociedad europea y la tienen en peligro de muerte. En aquellas materias cuya índole especial lo exige, se dan los escritos de modo que pueden encuadrarse aparte, formando una obra completa de doctrina. En esta forma se han publicado ya la célebre obra de P. Magin Ferrer sobre la *Cuestión dinástica*, aumentada con cuatro capítulos inéditos, y el precioso libro titulado *Los Serpientes*, escrito por Enrique Lasserre, uno de los mas distinguidos colaboradores de la *Revista del mundo católico*. También se ha publicado en el cuerpo de la *Revista*, entre otras producciones notables, un interesantísimo estudio sobre D. Carlos de Borbon y de Este, ó sea su historia, su retrato, su vida, sus costumbres, etc., que ha obtenido grande aceptación.

La *Revista* se publica los días 8, 15, 22 y 29 de cada mes, desde el 5 de mayo de 1869. Reimpresos los primeros números, que se habían agotado, pueden servirse las suscripciones desde el principio de la publicación.

PRECIOS DE LA SUSCRICION EN MADRID Y PROVINCIAS: Cincuenta reales al año, 6 reales reales trimestrales, suscribiéndose en la imprenta de *La Esperanza* ó en la administración de la *Revista*, calle del Carbon, núm. 4, cuarto tercero, dirigiendo la correspondencia á D. Antonio Perez Dubrull, administrador y editor de la misma.

En las librerías, ó por medio de los comisionados, cuya lista se halla en las cubiertas de los tomos de la *Revista*, cuesta sesenta reales al año, 6 reales y seis por trimestre.

A los suscriptores que adelantan el importe de un año, se les regala dos retratos en tarjeta de D. Carlos de Borbon y uno de su augusta esposa doña Margarita, ó bien una de las dos obras que se indican en el prospecto.

(Núm. 720.)

CONFERENCIAS SOBRE LA DIVINIDAD de Jesucristo por el abate Freppel, profesor de elocuencia sagrada, traducida por la redacción de *El Amigo del Clero*.

Un tomo en 8.º mayor, á 6 rs. en Madrid y 7 en provincias. Los pedidos á D. Miguel Olamendi, Paz, 6, Madrid. (Núm. 727.—2 v.)

PASTILLAS PECTORALES DEL DOCTOR M. GARCIA.

Tal es la seguridad de nuestra preparación para curar las toses, ronqueras, irritaciones de la garganta y de los bronquios, la opresión, el asma, carraspera, bronquitis, etc., que podemos probar con datos recogidos en todas las clases sociales, que nada conocido ha alcanzado la precisión que nuestras pastillas para cu-

rar lo enunciado, especialmente las toses por rebeldes que sean.

Madrid, botica del doctor Garcia; provincias, en las principales farmacias.—10 rs. caja. (Núm. 722.—6.)

Al 1.º de Marzo de 1870.